



# ANTONIO GARCÍA LA HISTORIA

# DE ANTES





Antonio García, primer Comandante del ELN - 2023



Fabio Vásquez Castaño, primer Comandante del ELN – 1964

# **La Historia de Antes**

Antonio García

## I

Yo estaba otra vez en Cuba, en un viaje precipitado. Ese día el Ché, en medio de sus ocupaciones, les dijo a sus asistentes de manera perentoria:

— A la reunión que tengo esta noche con los colombianos, también deben llevar a Villa.

Antes de las once de la noche, al hotel donde yo estoy con Raúl Lazo, llega a las carreras un cubano, un gordo bonachón con lentes y cara de burgués, de apellido Gómez y me dice:

— En unos momentos se realizará una reunión secreta con el Ché, van a hablar en contra de ti, Villa. Que tú eres el único que no se ha unido al MOEC y que ellos tampoco te quieren; —me mira de pies a cabeza, requiriendo respuesta, por adelantado me dice:

— ¿Estás dispuesto a responder por eso aquí?

— Aquí y en cualquier parte del mundo, —se me ocurre decirle.

— En media hora paso a recogerte, —anota Gómez y sale atropellando la puerta.

Eran ya las once y media cuando vuelve Gómez a recogerme, me despido de Raúl Lazo:

— Hermano, esta noche se arreglan las cosas.

Salimos de inmediato para llegar a tiempo. Dimos varias vueltas, atravesamos La Quinta Avenida y de ahí hacia el Náutico, nos arrimamos a la costa y estacionamos el vehículo frente a un edificio aún en construcción, todo está oscuro. Abajo hay dos guardias vestidos de verde olivo, pero desarmados. Sólo están las estructuras, no hay ningún piso construido, subimos por el ascensor hasta un último piso que se ve algo arreglado.

Entramos por una puerta pequeña, están esperándonos. Al fondo hay una mesa de madera larga y ancha, en el centro de ella está sentado el Ché. Al vernos entrar se pone de pié, tiene el pelo mojado, de un color casi azulado, en la mano tiene un tabaco, aún sin encender.

Hacia una esquina se encuentra el Capitán Augusto, uniformado y armado, como es bajito se ve disminuido ante el tamaño de la mesa; y a un lado de él, el Teniente Andrés. Al frente de la mesa, en una banca, están sentados: Eduardo Franco Isaza, Pedro Abella, Víctor Zamudio, León Bejarano, José Villamizar, Guillermo Puyana — recién llegado de China— y yo que acabo de entrar. Gómez se hace al lado de los cubanos.

Para romper el silencio que hay en ese salón, hago mi saludo:

— Muy buenas noches Comandante.

El Ché hace un gesto moviendo el dedo índice, un mechón de pelo se impulsa con el movimiento de su cabeza, como diciendo está bien, pero no me cruza palabra alguna. Está de manga corta y no se sienta. Sacude el tabaco, como quitándole las cenizas, pero el tabaco sigue apagado, levanta la cabeza, mirándonos a todos y nos dice con fuerza:

— Y bueno, ¿cómo es la mierda?

## II

Vivíamos en un humilde rancho en la vereda La Pradera, en Calarcá, un municipio del viejo Caldas. Mi padre, Manuel Antonio Vásquez era jornalero agrícola, y mi madre, Ana de Jesús Castaño, se encargaba de las tareas domésticas, procrearon nueve hijos, dos hembras y siete machos.

El primero de mayo de mil novecientos treinta y ocho, en ese humilde sitio nació mi hermano Manuel y como símbolo de la familia le colocaron los dos nombres de mis padres: Manuel de Jesús.

Al siguiente año la familia se traslada a la finca Santa Elena, en el municipio de Pijao, Caldas. Allí, Manuel de Jesús cursa sus dos primeros años de primaria en la Escuela Rural El Balso y luego es enviado por mis padres para Armenia, a la casa de una tía a terminar la primaria en el Colegio San José, lo hace de manera sobresaliente. Mientras cursa el bachillerato se enferma de tuberculosis y como tratamiento para dicha dolencia debe permanecer un año en un cuarto oscuro.

Como en muchas familias de esa época, mi padre es asesinado en mil novecientos cincuenta y seis, generando caminos inciertos a nuestras vidas, la familia se desplaza a Pereira. Es un tiempo donde la violencia entre liberales y conservadores se va transformando y aparecen en escena personajes que buscan otros destinos.

Desde mil novecientos cuarenta y nueve ya es conocido Roberto González Prieto, a quien le dicen Pedro Brincos, hace parte de un grupo armado que opera en el norte del Tolima, se hace famoso porque se encarga de vengar las muertes de liberales y también ataca al Ejército del gobierno.

Pedro Brincos había nacido en Tierradentro, corregimiento de Líbano, Tolima; el ocho de mayo de mil novecientos veintiuno; su padre Joaquín González Bobadilla, liberal, ex sargento del Ejército y doña Benilda Prieto Basto; eran parte de una familia de tradición rebelde.

A los veintidós años ingresa al Ejército a prestar su servicio militar obligatorio, luego es trasladado al Batallón Presidencial donde obtuvo su libreta militar.

Es detenido en Ibagué por las autoridades en junio de mil novecientos cincuenta y tres. Desde la cárcel denuncia la persecución, pues sus enemigos queman sus propiedades, robaban los animales, destruyen sus fincas y asesinan a familiares y amigos.

El trece de junio de ese mismo año, el General Gustavo Rojas Pinilla aliado con Mariano Ospina Pérez dio el golpe militar para derrocar a Laureano Gómez, con el propósito de ponerle fin a la inestabilidad política y la violencia que vivía Colombia, agudizada con el asesinato de Gaitán en 1948.

Al año siguiente Rojas Pinilla, con el apoyo de la Asamblea Nacional Constituyente, intentó legalizar el golpe dado para prolongar su estadía en el poder; pero las gentes movilizadas convirtieron las ciudades en escenarios de permanentes denuncias y de enfrentamiento a la represión del Ejército; en ellas los estudiantes de colegios y universidades tienen una destacada participación. El ocho de junio es asesinado el estudiante Uriel Gutiérrez y al día siguiente doce estudiantes más caen por las balas disparadas por el Batallón Colombia que había regresado de la Guerra de Corea. Estas luchas fueron capitalizadas por la oligarquía liberal y conservadora hasta lograr el derrocamiento de Rojas Pinilla el diez de mayo de mil novecientos cincuenta y siete, dejando instalada una junta militar de transición. Ya no lo necesitaban, había cumplido su papel al lograr la desmovilización de las guerrillas liberales, ahora había llegado el momento de pactar entre los dos partidos, Liberal y Conservador, gobernar juntos, cuatro años uno y los siguientes cuatro el otro partido, durante dieciséis años; los dos partidos conformaron el Frente Nacional; nadie, distinto a ellos, podría gobernar.

En ese tiempo, Antonio María Larrota González estudiaba en el Colegio Gran Colombiano —en el centro de Bogotá—, junto con otros estudiantes participaron con mucha dinámica en las jornadas

de protestas. La oligarquía y su gran prensa se derramaban en halagos por los estudiantes, pero sacaban provecho de ellos.

Antonio María Larrota González había nacido el dieciocho de diciembre de mil novecientos treinta y siete en Bucaramanga, en una familia conservadora, sus padres Tomás Larrota y Priscila González; sus hermanos Patricio, Gabriel, Ramón y María del Pilar. A principios de los años cincuenta, la familia se trasladó a Bogotá.

Al mes siguiente de la caída de Rojas Pinilla, y en medio de la gran agitación política que vivía el país, se realiza un congreso nacional de estudiantes con la participación de más de ciento cincuenta delegados, luego del cual se funda la Unión Nacional de Estudiantes de Colombia — UNEC—, una organización de carácter gremial de los estudiantes. Entre sus delegados se encuentra Antonio, en representación de los estudiantes de secundaria, quien es nombrado miembro del Comité Ejecutivo; al finalizar el año se convierte en el presidente de dicho comité.

Mientras tanto, en ese mismo año, Pedro Brincos ha quedado en libertad y se traslada de inmediato al Quindío, ahí se contacta con Libardo Mora Toro, un famoso ex atleta y abogado de la Universidad Libre, con quien intenta constituir un grupo guerrillero de inspiración gaitanista para luchar por la toma del poder.

A mediados del año Pedro Brincos, con otra identidad, logra reunir varios centenares de campesinos de la región de Riosucio, Quinchía, Supía, Irrá y Marmato; con ciertas excusas legales monta un centro de adiestramiento político-militar en Quinchía, ahí se formarían grupos de protección de las comunidades, que enfrentarían a los "Pájaros", agenciados y protegidos por los gobiernos conservadores.

Para sostener sus cuadrillas, Pedro Brincos, establece un sistema de cuotas mensuales a los finqueros, a quienes les exige que las paguen.

A finales de agosto, junto con Libardo Mora y Graciela Quintero reúnen en la vereda Llanadas a unos ochocientos pobladores, para rechazar los pactos políticos entre la oligarquía y motivar una recolecta de dinero para comprar armas y municiones.

Luego Pedro Brincos se reúne con otros jefes de cuadrillas en el caserío de Naranjal, pero entra en contradicción con Héctor García —llamado "Sargento García"— uno de los jefes de otra cuadrilla; Pedro decide retirarse y deja sus hombres bajo el mando de un subalterno suyo: Merardo Trejos —"Capitán Venganza"—.

Mi hermano Manuel culmina el bachillerato en el Colegio Deogracias Cardona de Pereira, graduándose en mil novecientos cincuenta y ocho.

Ese mismo año viaja a Bogotá y se matricula para estudiar Ciencias Jurídicas en La Universidad Libre, donde también llega Antonio Larrota, a estudiar lo mismo.

Los debates y la intensa actividad política van forjando en Antonio Larrota convicciones revolucionarias, logra una comprensión más cabal sobre el papel de los estudiantes en la sociedad, y en la particular situación de Colombia, donde la violencia ya no puede enmascararse en una contradicción entre liberales y conservadores. En este contexto se convoca para junio de ese año, en Cali, el segundo congreso de la UNEC.

Antonio tuvo una destacada participación en dicho congreso, buscando siempre la unidad de todos los sectores sociales en la lucha por un mejor país, es reconocido el papel de los estudiantes en esa lucha. Es reelegido en el Comité Ejecutivo y asume su secretaría. En la Universidad Libre, si bien mantuvo intercambios con integrantes de la Juventud Comunista, no tuvo empatía con ellos. Manuel también se fue vinculando a todas las dinámicas de los activistas de la UNEC y a los círculos de debate político.

Finalizando el año, Antonio visitó algunos países de Europa del Este; también estuvo en Rusia y en la China de Mao. De igual manera mantuvo contacto con movimientos y dirigentes del

continente; en ese momento la Revolución Cubana ya era centro de atención, por eso él estaba realizando una importante labor de apoyo a ella, tanto en la agitación política como en la colecta de solidaridad para los guerrilleros de la Sierra Maestra que luchaban para derrocar al dictador Fulgencio Batista. Desde antes del triunfo de la revolución, los dirigentes cubanos conocieron de sus actividades solidarias.

El siete de enero de mil novecientos cincuenta y nueve, al calor del triunfo de la Revolución Cubana; Antonio Larrota, un grupo de estudiantes y trabajadores deciden crear el Movimiento Obrero Estudiantil Campesino, MOEC 7 de Enero, se buscaba construir una organización con identidad política que contribuyera en la coordinación de las luchas en el país.

El gobierno de Alberto Lleras Camargo incrementó las tarifas al transporte público, desencadenando una oleada de protestas estudiantiles y de confrontación recurrente con la fuerza pública que se prolongaron durante más de cuatro meses, al final el movimiento logró que el gobierno retirara las medidas. Antonio jugó una labor destacada en toda esta lucha y fue detenido en varias oportunidades. En mayo es expulsado de la UNEC, mientras que Manuel sigue más vinculado a la dinámica nacional estudiantil.

La agitación política y de protestas de los trabajadores continúa en los meses de mayo y junio.

Antonio es invitado por los dirigentes cubanos a los actos conmemorativos del asalto al Cuartel Moncada, el veintiseis de julio, el primero que se hace luego del triunfo revolucionario, entre otras personalidades estuvieron presentes: Lázaro Cárdenas de México, Salvador Allende de Chile y Gloria Gaitán de Colombia.

Es el primer líder rebelde colombiano recibido en Cuba con un importante reconocimiento político, durante los siguientes seis meses que estuvo en la isla pudo recibir capacitación militar y adelantar una intensa agenda política, en su viaje de regreso a Colombia pasó por México, donde asistió a eventos e intercambios políticos, llegó al país en febrero de mil novecientos sesenta.

El veinte de julio se realiza en Cali el Primer Congreso del MOEC: "Por la Segunda Independencia". Entre los fundadores más destacados están: Antonio Larrota González, Armando Valenzuela Ruiz, William Ospina Ramírez y Pedro José Abella.

Se comenta que en su seno hay personas que han estado vinculadas a experiencias guerrilleras en el país, y desde un inicio se siente la existencia de dos corrientes a su interior; si bien ambas

compartían la validez de la lucha armada; unos consideraban que aún no estaban dadas las condiciones políticas en el país para iniciar el alzamiento armado; en cambio, el grupo que estaba con Antonio veía necesario iniciar desde ya la construcción del foco guerrillero, propio del modelo cubano.

En ese Primer Congreso, Antonio presenta la propuesta de constituir la guerrilla en Tacueyó, Cauca, donde existen contactos con guerrilleros de la violencia e informa que entre los viejos guerrilleros se encuentra Adán de Jesús Aguirre —Aguililla—, con quienes se puede contar para dicho proyecto; además podía adelantarse una actividad de organización social y política con la población de la región. La propuesta es aceptada por el Congreso y autoriza el viaje a Cuba de Antonio y Alameda para informar las conclusiones y las nuevas posibilidades en Tacueyó, luego se conocería que logró entrevistarse dos veces con el Ché.

Al retornar al país, Antonio continúa sus contactos y actividades en el área de Tacueyó, lo acompañaron otros jóvenes del MOEC. Recorrió el territorio vestido con uniforme militar, con una boina vasca y la gente lo conoció como "El Doctor Camilo". Impartió instrucción política y militar entre las gentes que se movían con "Aguililla" y "Tijeras", buscó relaciones con otras bandas para tratar de unir fuerzas.

Al parecer, surgieron dificultades y diferencias entre Antonio y "Aguililla"; pues en una banda los propósitos de los jefes como de su tropa son de orden individualista, a diferencia de una organización revolucionaria. Se conoció luego que, el dos de mayo, "Aguililla" se reunió con el Teniente Escobar. Al día siguiente, Antonio Larrota, fue asesinado a sangre fría; le dieron tres tiros en el pecho y cuatro en la espalda, muchas puñaladas en su cuerpo y dos machetazos en la cabeza. Sobre el cadáver se encontró una nota de "Aguililla" para el teniente. Su hermano Gabriel Larrota pudo darle sepultura en Popayán, el dieciocho de mayo.

La muerte de Antonio Larrota —antes de cumplir los veinticuatro años— impactó a la juventud revolucionaria, sobre todo a mi hermano Manuel, quien inicia unas reflexiones sobre el camino y las formas de cómo abordar la construcción de la organización revolucionaria y el cómo proyectar la lucha armada, se veía normal construir guerrillas partiendo de cuadrillas creadas con las prácticas y lógicas de la violencia, era necesario cambiar, Debía tomarse otra ruta, así tocara aprender.

Manuel continúa su intensa actividad política en Bogotá, con compañeros de la Juventud Comunista —JUCO—, el MOEC, estudiantes de las distintas universidades y participa junto con José Villamizar y Guillermo Puyana, en la creación de

las Juventudes del Movimiento Revolucionario Liberal (JMRL).

Es un destacado estudiante en su facultad, por el reconocimiento que tiene en este ambiente rebelde es enviado a un encuentro estudiantil a Belo Horizonte, Brasil.

Luego de la muerte de Antonio Larrota, el MOEC designa a Armando Valenzuela, para que junto con Pedro Brincos vuelvan a intentar la construcción de un foco guerrillero por la región de Urabá, a finales de mil novecientos sesenta y uno. El grupo fue sorprendido por el Ejército y asaltado, sólo se salvaron por su experiencia Armando Valenzuela y Pedro Brincos, y en medio de muchas dificultades lograron salir de la región.

Por otro lado, en octubre del mismo año, también el MOEC intenta construir otro foco guerrillero en el Vichada, al frente del cual envían a Rosendo "Minuto" Colmenares; lo acompañan el médico Tulio Bayer, Alfredo Marín, Leónidas Castañeda, Flavio Barney y otros muchachos designados por dicha organización.

En esta experiencia del Vichada, fueron muchos los errores que se cometieron, tanto en la parte táctica como en la formación de sus integrantes, a tal punto que fueron infiltrados por Flavio Barney, un antiguo militar que entregó información importante al Ejército.

Las operaciones fueron comandadas por el coronel Álvaro Valencia Tovar. Tulio Bayer fue capturado y conducido a la Base Militar de Apiay, en el Meta, donde estuvo incomunicado varias semanas y fue sometido a simulacros de fusilamiento. Juzgado luego por rebelión, pagó una condena por varios meses en la cárcel Modelo de Bogotá.

### III

En los meses siguientes a la muerte de Antonio Larrota, en medio de nuestras reflexiones por entender y tratar de abrir un camino revolucionario, el país vive el impacto de las acciones que realiza José William Ángel Aranguren, llamado popularmente "el Capitán Desquite", ya convertido en leyenda en el Tolima, donde opera, pero trasciende a nivel nacional.

Había nacido el cinco de mayo de mil novecientos treinta y seis en la vereda Guadual del municipio de Rovira, en el Tolima. Luego de rodar en su peregrinaje de perseguido por los negociantes de la violencia, se enrola en el Ejército. A sus veinte años, en mil novecientos cincuenta y seis, culmina el servicio militar. Había llegado el momento de cumplir la promesa hecha a sus catorce años, cuando el alcalde de Rovira —Ovidio Hinojosa— mandó matar a su papá y a su hermano mayor en su propia vereda, y tuvo que huir con su mamá y sus hermanas: "Empuñar las armas a causa del asesinato de mis padres, el despojo de los bienes y la persecución de mi familia".

Con la experiencia adquirida en el Ejército, organizó una cuadrilla ese mismo año y realizó el asalto contra la Compañía Colombiana de Tabaco en El Guamo, fue capturado y condenado a más de veinte años de prisión; estando en la cárcel de

la Picota leyó el libro de Eduardo Franco Isaza: "Las Guerrillas del Llano"; y de ahí se fugó en mayo del año siguiente.

Recorrió varias regiones evitando ser capturado nuevamente, en su afán por adquirir experiencias para volver a montar su cuadrilla se entrevistó con ex-guerrilleros amnistiados por Rojas Pinilla.

Los integrantes de su cuadrilla fueron influenciados por los ideales de la Revolución Cubana, así como por los relatos positivos de otras guerrillas de la reciente violencia en nuestro suelo.

En los primeros meses de mil novecientos sesenta, la policía y las autoridades, como siempre, se aliaron y dejaron que los gamonales impusieran sus matones: "la chusma", en Armero, Fresno, Líbano y Herveo; para que asaltaran las fincas y obligaran a los campesinos a vender a bajos precios sus animales, tierras y productos; fórmula tradicional de hacerse más ricos los políticos y hacendados.

En ese acopio de experiencias, William Aranguren logró entrevistarse con Pedro Brincos, el veterano guerrillero que se movía por el Líbano, Tolima; quien también admiraba la revolución de Fidel Castro, triunfante hacía tan sólo un año. Dicen que Pedro Brincos fue muy generoso con él y lo instruyó en táctica, operatividad y formas de funcionar las unidades guerrilleras.

Los dos años siguientes trabajó consolidando su grupo de operaciones, que se regía por un código propio para regular su comportamiento. En sus filas, las gentes del Tolima vieron a Rosalba Velásquez, compañera de William Aranguren, combatir a las tropas del gobierno con un fusil en sus manos y en su espalda —sujetado con una sábana— su hijo de meses.

Los gamonales con sus bandas de matones siguen acosando de manera violenta a los campesinos de la región; a tal punto que, en mil novecientos sesenta y dos, los tres grupos armados existentes en esos territorios se coordinan para responder a dicha violencia. Era evidente que las autoridades nada hacían para proteger a la población.

El grupo del Capitán Desquite contaba con sesenta y cinco integrantes; Jacinto Cruz Usma —Sangrenegra—, tenía setenta y dos; y Pedro Brincos casi llegaba a los treinta; entre los tres sumaban más de ciento cincuenta combatientes.

Jacinto Cruz Usma, oriundo de Santa Isabel en el norte del Tolima, desde muy joven se enrola en las guerrillas liberales; y a la edad de veintiocho años está en la cuadrilla bajo el mando de Almanegra, cuando este es dado de baja por el Ejército, Sangrenegra asume el mando, aumenta su grupo para recorrer la región de manera agresiva, es un bandido que mata por matar, en

febrero de mil novecientos sesenta y dos ejecuta la matanza de diecisiete personas en la vereda Las Juntas, en Anzoátegui.

Pese a estas complejas realidades, contaban con el reconocimiento de los pobladores y les permitió el siete de abril, bajo el mando del Capitán Desquite, asaltar un convoy del Ejército gubernamental en el sitio El Taburete, donde dieron de baja a doce soldados y recuperan el armamento.

En mil novecientos sesenta, habiéndose ubicado en el Quindío, Efraín González regresa a su región de origen para recorrer el área desde Chiquinquirá, Boyacá, hasta su pueblo natal: Puente Nacional, en la provincia de Vélez, Santander. Había desertado del Ejército en mil novecientos cincuenta y ocho, y se enroló en las cuadrillas de bandoleros conservadores. Ahora de regreso realizó matanzas contra los liberales, apoyado por los gamonales conservadores, la iglesia y se convirtió en el protector de los esmeralderos.

## IV

Yo trabajo en una sucursal del First National City Bank en Bogotá y, en los ratos libres, pinto cuadros al óleo y hago algunas acuarelas. Ha pasado un año de la muerte de Antonio Larrota, son tiempos agitados y de manera recurrente hablo con mi hermano Manuel y su compañero José Villamizar sobre el acontecer del país y las tragedias que padecen las gentes humildes. Ellos siguen en sus actividades políticas en la JMRL, están en una perspectiva cada día más radical y de apoyo a la lucha armada, preparan su primer congreso en el transcurso de este año. En la búsqueda de caminos para hacer una revolución en nuestro país, aparece la posibilidad de viajar a Cuba, con el pretexto de una beca de estudios y mediante conocidos revolucionarios venezolanos contactar a los cubanos a fin de solicitar alguna capacitación militar.

Era una aventura, no había nada cierto, pero valía la pena. Me alisto para viajar, con algunos documentos arreglados y con el cuento de estudiar agronomía. Llevo unos libros y una carta para un piloto de Cubana de Aviación, de origen venezolano, con nexos rebeldes en su país y conocido por mí hermano Manuel y Villamizar.

Llego a La Habana el quince de julio, en pleno verano. Esa misma noche, como a las nueve y

media, aún con la luz del sol, llamo al piloto y le entrego la correspondencia y los libros, que él debía entregar al Comandante Manuel Piñeiro o a Ramón Calcines, integrantes del Estado Mayor, a él le traje de regalo un disco de música, un long play. Le recalco mucho que necesito una entrevista personal con ellos, le digo que tengo algo muy especial para comentarle a alguno de ellos dos.

Al día siguiente, en el Hotel Habana Riviera, me entrevisto con el Capitán Augusto, ya él conoce de mi interés para recibir cierto entrenamiento militar, aprender a manejar tres o cuatro armas y algo de táctica militar. También solicito ayuda para regresar al país, pues no tengo pasaje de regreso y en mi bolsillo tan sólo hay cien dólares.

En Colombia me habían entregado varias cartas para becados que están en Cuba, pero yo no puedo moverme, por cuanto estimo que en cualquier momento pueden llegar con las respuestas a mis solicitudes. No voy ni a piscina ni al restaurante, prefiero pedir algo de comida rápida a la habitación. Los días corren y nada que llega el contacto con razón alguna. Pienso que me están probando y si me muevo, luego vendrían los reclamos.

El lunes treinta de julio me llegan con el cuento que nos vamos para una marcha con los becados,

me sacan del hotel y me llevan en un carro a la casa de los bolivianos, seguramente por equivocación. Luego de hora y media regresan y me llevan por una calle algo empinada, como a una cuadra al frente del zoológico. Me dejan ahí, con maletas y todo, en la entrada de la casa.

En seguida salen varios muchachos y muchachas; como si supieran de mi llegada, me dicen:

— Yo soy Vera castro, hermana de Yira Castro...

Unos cuantos más siguen identificándose y preguntan si les he traído cartas de sus familias. Efectivamente llevaba correspondencia para Vera y otras familias comunistas amigas de Manuel y José Villamizar.

En esa casa hay mucho desorden, pedazos de pan a medio morder por el suelo, y unas cuantas latas de leche condensada —con dos agujeros— aún sin terminar. Me impresiona ese desbarajuste. Esto está muy jodido, pienso para mis adentros. Pero uno de los muchachos de manera espontánea me dice delante de todos:

— Hace dos días estuvo aquí Piñeiro, el Comandante Barba Roja, y nos dijo que iba a organizar una marcha.

Caigo en cuenta que mientras yo esperaba en el hotel y los días pasaban, Manuel Piñeiro había visitado en dos oportunidades a los estudiantes

colombianos en la beca y los había entusiasmado con un programa de vacaciones, y a cambio de ir a la playa o a cine, les ofrecía realizar una marcha con mochila y todo, que se fueran de caminata por varios días y de paso hacían unos tiros por la montaña.

A los muchachos les gusta la idea de irse de marcha para Pinar del Río, pero las muchachas tienen más motivación en participar. Con el paso de los días se fueron inscribiendo en la lista para la marcha, entre hombres y mujeres el número empieza a crecer.

De entrada les digo que yo no me apunto para esa marcha, pues había nacido en el campo, y caminar era lo que sabía hacer. En medio del entusiasmo de la marcha aprovecho para conversar con unos y con otros; me aparto de los que hablan basura y me acerco a quienes les veo seriedad o afinidades, uno de ellos es Ricardo Lara Parada, está leyendo un libro sentado bajo la sombra de una palma en el patio de la casa.

— ¿Qué estás leyendo?, —le digo para romper el silencio.

— Ciento cincuenta preguntas a un Guerrillero, — me responde, mostrándome la portada del libro.

— Oye, ese librito es bueno...

— ¿Lo conoce?, —replica Ricardo.

Para salir del apuro, me parece fácil decirle:

— Si, lo conozco, pero no lo he leído.

Llega la fecha de las matrículas en la universidad, la mayoría se van para allá a ponerse en regla para cuando inicien las clases. Yo hago lo mismo para normalizar mi estadía en ese sitio; además sigo viendo inconveniente e innecesario ir a la marcha programada por Piñeiro; prefiero irme a coger café a Oriente aprovechando las vacaciones. Pero a la vez envió una nota al Capitán Augusto recordándole mis solicitudes.

A los pocos días llegan a la beca el Teniente Andrés, Olo Pantoja, el Comisario Eusebio y otros dos militares en un jeep a organizar y a pulir la marcha, a mirar los que se han inscrito en la lista. Pese a que las mujeres quieren ir, de manera perentoria definen que no pueden ir, pues se trata de una caminata militar, hay que dormir en el monte y es mejor evitar problemas de campamento. Con estos requisitos la lista queda en veintiocho inscritos.

En las dos casas, donde estamos alojados, somos más de sesenta; ahí empiezo a conocerlos poco a poco, me voy relacionando con quienes les veo algún interés por la causa revolucionaria; además de Ricardo Lara están: Castillejo, Iglesias, Ibarra, Medina, Espitia, Rubio, Artecona, Reina, Merchán, Nocua. Se trata de mantener cierta disciplina, pero todo es un desorden.

No me interesa la marcha y sigo esperando respuestas a mis solicitudes de entrenamiento militar. En esa larga semana logro relacionarme con ellos, pues vivimos en el mismo sitio, se organizan círculos de estudio, hacemos reuniones, carteleras en las paredes y las actividades cotidianas de aseo de las casas y tender las camas cada mañana. No me relaciono con todos por prudencia y cuando quiero esquivar a alguien me pongo a pintar con acuarelas y temperas. En otra venida de los organizadores de la marcha, les ratifico que no iría, y les digo con angustia:

— Por favor, necesito que ustedes le lleven una nota al Capitán Augusto, yo necesito una respuesta concreta de él.

A los demás muchachos les sigo diciendo que no iré a la marcha, todos los cercamos me insisten que vaya...

— Tú que estás tan de acuerdo con las cosas, no entendemos por qué no nos acompañas.

Para esos días se me acerca de manera misteriosa un muchacho llamado Raimundo Cruz y me dice en tono de confianza:

—Yo pertenezco a una organización secreta.

— Entonces no es secreta, —le digo en son de burla, pero haciéndole caer en cuenta de su error.

Luego Raimundo me lleva a conocer a unos compañeros colombianos: Víctor Zamudio, Pedro Abella y otros dos tipos.

Cuando regresamos de la visita aparecen el Teniente Andrés, uniformado y con pistola; el comisario Eusebio, también uniformado pero sin pistola, así medio pajarón; y Olo Pantoja, un oficial —aunque jovencito— de mucho prestigio, había bajado de la Sierra y era un combatiente duro; les insisto sobre mis solicitudes hechas al Capitán Augusto.

— Le traigo una respuesta, dice el Capitán Augusto, que se sume a la marcha, —me responde el Teniente Andrés sin dar más rodeos.

Con esa orden yo no tenía escapatoria, y sin pensar mucho les digo:

— Cerremos los ojos, y hagámosle.

Son las nueve de la noche del miércoles, aún no ha oscurecido, cuando llega un camión con carpa a buscarnos para salir. En el Jeep van el Teniente Andrés y el Comisario Eusebio. En el camión vamos veintiocho, se quedaba Raimundo Cruz, pues en ese momento no estaba en la beca. Les decimos que falta uno, pero no hacen caso. El camión arranca y las muchachas se quedan llorando.

Como yo veía interés por parte de Raimundo en la lucha revolucionaria, sigo insistiendo para regresar por él. Tarde de la noche aceptan ir al día siguiente a recogerlo.

El camión se dirige hacia las afueras, en dirección al Náutico; luego de una hora de viaje se detiene frente a una casa, el Teniente Andrés y el Comisario Eusebio están manejando el movimiento. Nos dan instrucción de colocarnos un nombre distinto al propio:

— Cada uno se coloca otro nombre, pero que empiece con la misma letra, igual con el apellido, —ordenó con voz militar el Comisario Eusebio.

Como mi nombre es Fabio Vásquez, me coloco con poca modestia: Francisco Villa. Ricardo Lara Parada pasa a llamarse Raúl Laso.

La orden se completó cuando nos formaron en escuadras de siete integrantes, por orden de estatura. Yo quedo de primero en la primera escuadra ya que soy el más alto, y el sigue en estatura es el segundo de la escuadra. Así quedan organizadas las cuatro escuadras.

De segundo en mi escuadra queda Castillejo, un flaco intelectual, escribe poemas y tiene gafas; se ve buena gente.

Enseguida nos forman y nos enseñan a ponernos firmes y nos dice el Teniente:

— Nosotros nos vamos, ya ustedes están distribuidos por cuartos para dormir en los camarotes, háganlo con buena disciplina.

Remata con una tremenda descarga de palabras, recalcando que obedecíamos a una disciplina militar. Y enseguida anota:

— El primero de la número uno, pase al frente.

Doy un paso al frente y me pongo firmes.

— ¡Identifíquese!

— Francisco Villa, —le digo con voz fuerte.

— Usted será el sargento de la tropa, y los primeros de las demás escuadras son cabos.

Mandó a reincorporarnos a la formación, nos coloca en posición firmes para romper la formación.

Antes de salir del lugar me ordena formar la tropa para despedirse y dar las últimas instrucciones, de organizar la guardia, la levantada a las cinco de la mañana, los ejercicios de calistenia y hacer el desayuno. Regresarían al día siguiente.

Cuando se van el Teniente y el Comisario, yo formo la tropa, uno de los muchachos empieza a hacerme pistola con los dedos de una manera muy vistosa. Los coloco firmes, voy hasta donde está, lo saco de la formación y lo paso al frente del personal, lo envío a prestar tres horas de guardia; se le enrojecen los ojos y mientras me mira le ruedan dos lágrimas gruesas por las mejillas.

Por estar tan pendiente de la situación casi no duermo, la noche se me hizo interminable. Toco diana para la levantada a las cinco de la mañana, hora en que ya ha llegado el Comisario, quien forma la tropa, hace los ejercicios y organiza el desayuno: chocolate con leche y pan.

Ese día se hace la lista completa del personal, traen un médico y nos examina a todos. Nos entregan un fusil Springfield, punto treinta de perilla, a cada uno, pero sin balas, para que aprendamos a cargarlo y se organizan las guardias de día y de noche.

Al segundo día de haber salido recogen a Raimundo Cruz, todos dicen que se había quedado

por estar tomando.

En seguida nos montan en un camión y nos llevan a Pinar del Río, a las cuevas que hay en Viñales, esa noche acampamos en la cueva. Ahí, por ser yo el Sargento, me presentan al práctico, a Malagón.

Al amanecer comenzamos la marcha, el Teniente y el Comisario van adelante y el sargento en la punta de vanguardia.

El teniente nos enseña el orden de marcha, adelante va una vanguardia, luego el grueso y al final una retaguardia. Cada grupo con un jefe. Esta formación así es en fila india. De ahí en adelante vamos aprendiendo otras cosas de la vida militar: las voces, pasar la voz, cargar y limpiar el fusil, aprender a desbaratar el fusil, la rotación de las guardias y de la cocina. Todo mundo tiene que cocinar.

La marcha sigue su curso, el tiempo transcurre y el grupo se va decantando; se van quedando los más flojos, los que dicen que no pueden seguir. También están los que se les pelan los pies o quienes simplemente quieren volver a la ciudad a continuar estudiando en la universidad. En cada lugar que a alguien se le antoja retirarse, el Teniente tiene que salir a buscar un carro o llamar a algún transporte militar para que venga a llevarlo de regreso a la beca.

El grupo se va reduciendo, la marcha extendiéndose y haciéndose cada día más interesante; aparecen entonces los que más quieren aprender, los que persisten y le dan confianza a los demás.

Llegó el día del primer disparo, fue uno sólo; pero fue romper el mito de apretar el gatillo de un fusil y escuchar la detonación y el estremecimiento de todo el cuerpo. Fue muy emocionante, apuntar a una palma y PUMMM...

Con los días nos entregan las balas para los fusiles, es para examinar como respondemos ante una emergencia que monta el Teniente, haciendo unos tiros en el campamento.

A uno de los más jóvenes, Rubio que ahora se llama Rovira, le sale un forúnculo en el pie, como le impide colocarse la bota, se estima conveniente sacarlo para la beca, cuando dicen que debemos esperar ahí mientras llega el camión a recogerlo, Rovira se suelta en llanto. Entonces le digo a los compañeros:

— Uno que me ayude con el fusil y otro con la mochila de Rovira.

Levanto a Rovira, me lo coloco encima de mi mochila y arrancamos, lo llevo cargado durante tres horas.

A los pocos días se crece un río y se arrastra la comida, enlazo un tronco y me tiro al agua amarrado, así logro salvar los enlatados.

Son detalles que me permiten relacionarme mejor con la gente, pues actúo con agilidad buscando salida a situaciones imprevistas, y como han pasado dos meses desde que iniciamos la marcha, tanto el Teniente como el Comisario me buscan para conversar, se interesan por lo que estoy pensando a futuro. Varios compañeros están inquietos, pues ha nacido en ellos la necesidad de volver a Colombia a luchar.

Hemos avanzado en los entrenamientos, se nos introdujo un poco más en el manejo de otras armas como el fusil Garand, el fusil ametrallador FMA. Estamos muy emocionados, ya sabemos quiénes son los que están pensando regresar a Colombia a luchar, los que hablan sobre cuestiones políticas, ya hay afinidad. El grupo de los veintinueve, se ha reducido a quince.

El día que revienta la Crisis de octubre nos llevan a una casa, a las ocho de la noche llega el Comisario y pinta en un tablero un croquis de Cuba y marca sobre él unos círculos para decirnos con energía:

— Esta es Cuba y este es el cerco del imperialismo norteamericano, estamos cercados, —abre las dos manos esperando nuestras respuestas.

Pero sin dejarnos hablar sigue anotando:

— Se han movilizadado en cuatro horas, seis millones de cubanos, listos para el combate.

Nosotros estamos en formación y en posición firmes, entonces doy un paso al frente y le digo al Comisario:

— Permítame incorporarme al frente de lucha, deme un arma para defender y pelear por Cuba.

No he terminado de hablar cuando se lanzan otros con la misma decisión y se colocan firmes taconeando con fuerza... PRAMMM.

Varios dijeron que no, y uno del Huila solicita le permitan hacer un testamento y lo regresen —en ese mismo instante— en un avión para Colombia.

Ahí hay una máquina de escribir, soy el único mecanógrafo, redacto de inmediato un escrito con el sentimiento colectivo: solicitando la autorización al Estado Mayor de Cuba para incorporarnos a la primera línea de fuego como Brigada internacionalista, y pedimos entrenamiento inmediato en armas norteamericanas y soviéticas. A las nueve de la noche entregamos oficialmente nuestra solicitud.

El Comisario Eusebio sale a llevar la solicitud y regresa con la noticia que ha sido aprobada y nos darán entrenamiento militar. Nos quedamos

esperando porque vimos movimientos e inquietud en ellos.

Luego de la media noche, como a la una, escuchamos el rugir de un camión RROOMMM... que arrima con prisa y frena de manera precipitada.

—Es un camión con armas, —grita uno de los compañeros.

Se baja del camión un tipo gordo bembón, de unos cuarenta años, parece un árbol con ramas, cargado de armas, tres lanzacohetes colgados, granadas y cohetes para lanzar con fusil, y ese camión lleno de armas.

Había sido Comandante pero lleva el grado de capitán, seguramente degradado por indisciplinado, lo llaman Manoloski.

En seguida nos llevan a otra casa, donde iniciamos el aprendizaje del manejo de armas; desbaratar y volver a armar el fusil Garand, igual el fusil ametralladora y el AKM. Amanecemos y seguimos todo el día sin parar, hasta que nos llegó la una de la mañana del siguiente día; sólo hacemos un alto para la comida. Luego nos traen un sargento que nos enseña maniobras de la escuadra de fusileros granaderos en acción, ahí comienza el entrenamiento con tal intensidad, donde terminan por aflojar otros muchachos,

quedamos doce.

Entonces, para continuar el camino, quedan conmigo: Víctor Medina, Heriberto Espitia, Ricardo Lara, Mauricio Artecona, Samuel Martín, Víctor J. Merchant, Alberto Rubio (conocido como Alfredo Rovira), Reina (después lo llamamos Mario Hernández), Raimundo Cruz, Ibarra y Nocua. En las siguientes semanas se rajan los dos últimos.

Hicimos la solicitud de ayuda económica, y que autorizaran al Teniente Andrés Pantoja y al Comisario Eusebio a viajar con nosotros a luchar a Colombia; y de ser posible nos recibiera el Ché Guevara. En medio de estas alegrías pido un cartón y dibujo a Antonio Larrota abrazado con Camilo Cienfuegos y las dos banderas, la de Cuba y la de Colombia, ellos se emocionan mucho.

El once de noviembre nos dan respuesta que la cita con el Ché no era posible, pero se aceptaba que el Teniente Andrés y el Comisario Eusebio viajaran con nosotros haciendo renuncia a su condición de ciudadanos cubanos. Ese día, aprovechamos la visita oficial del Capitán Augusto, por parte de las ORI —Organizaciones Revolucionarias Integradas—, que era la dirección general de la Revolución en Cuba, para constituir oficialmente La Brigada Pro-Liberación Nacional José Antonio Galán; de manera formal, entre los integrantes del grupo habíamos renunciado

previamente a pertenecer a otras organizaciones.

Los entrenamientos continuaron en aspectos más especializados sobre explosivos y táctica; también vino un veterano de la Guerra Civil Española, llamado Angelito, a darnos una lectura sobre la guerra de todo el pueblo.

Luego de estos ejercicios solicitamos ir a probarnos en las luchas contra los bandidos al Escambray. Allá estuvimos hasta mediados del mil novecientos sesenta y tres, cuando nos alistamos para regresar a Colombia.

El catorce de junio regresamos del Escambray, nos llevan a la playa Brisas del Mar para reponernos de las jornadas de meses en la montaña y para que nuestra piel adquiriera un color más quemado; volvimos a conversar sobre las posibles zonas de operaciones en Colombia y aprovechamos para terminar de pulir los planes de viaje.

En los primeros días de julio salen los tres primeros con rumbo a Colombia: el Comisario Eusebio, Víctor Medina Morón y Heriberto Espitia. Yo salgo, veinte días más tarde, por la ruta de Europa y aprovecho para encontrarme con mi hermano Manuel en Budapest, está en la Federación Mundial de Juventudes Democráticas, representando al Movimiento Estudiantil de Colombia. Le comento sobre lo aprendido y vivido

en Cuba, la constitución de la Brigada y los planes sobre la construcción de la guerrilla en las regiones donde fuera posible, ya habíamos contemplado algunas. Está animado por lo avanzado, pero era consciente de los retos que teníamos para los días venideros; él aún debía permanecer varios meses en el exterior y realizar unos viajes de interés para el futuro proyecto. Nos despedimos con la esperanza de vernos en nuestra patria y seguir construyendo el camino emprendido.

## VI

Llego a Bogotá y me encuentro con los amigos y conocidos, conversamos sobre lo acontecido en el país mientras permanecí en Cuba. Se mantiene la agitación política, los grupos armados heredados de la violencia han seguido actuando, y los nuevos que buscan una proyección revolucionaria han seguido siendo golpeados.

Me comentan que Desquite ha intentado buscar la legalización, pero luego de firmar una acta con personajes del Líbano, en agosto de mil novecientos sesenta y dos, donde se disponía a conversar con el Ejército para acogerse a una amnistía; pero al enterarse el presidente Guillermo León Valencia, convocó al alto mando del Ejército y define impedir a todo trance dicho entendimiento; se organiza, entonces, un plan para aniquilarlo; para tal fin le dieron plenos poderes al coronel José Joaquín Matallana, se trata de aislar a Desquite y su tropa, controlando y castigando a todos sus posibles colaboradores. El Capitán Desquite en medio de dificultades, por las operaciones militares, se ve obligado a moverse hacia otros territorios para evitar ser golpeado.

Por esos días ando armado, en uno de estos encuentros me entero de la llegada de un cubano llamado Eusebio y que se realizará una reunión en

un apartamento muy cerca del Restaurante El Maizal, que está por la Avenida Jiménez con carrera octava. De paso me comentan cómo es la clave para tocar en la puerta.

Son las nueve de la mañana cuando llego a la puerta del apartamento y toco siete veces... espero tres segundos y vuelvo a tocar dos veces. Siento ruidos al otro lado de la puerta. Efectivo, funciona, de inmediato se abre la puerta y aparece de frente el Comisario político Eusebio... casi se va de culo al verme. No esperaba que yo pudiera descubrirlo y menos llegarle a ese apartamento. Desconcertado me dice:

— Villa, ¿qué haces aquí?

Antes que termine la pregunta, de un brinco quedo adentro, en la sala. En las orillas de las paredes y sobre el piso hay una hilera de botellas vacías de aguardiente Cristal, da la impresión que ese apartamento es una especie de campamento. En la antesala y en la sala hay un montón de sillas y algunas colchonetas donde ha dormido gente.

Más al fondo veo una mesa con unos emparedados, y al frente de ellos están sentados León Bejarano y dos tipos más. Eusebio trata de bloquearme y vuelve a decirme:

— ¿Qué haces por aquí?

Intenta confundirme diciendo que están viendo unos asuntos estratégicos, pues en la mesa se ven una brújula, unos binóculos y una carta topográfica de la Sierra Nevada de Santa Marta con unas flechas pintadas.

Me presenta a Eduardo Franco Izasa, me da la mano y me dice:

— No me importa quién seas, ni lo que haces, ni a qué vienes, yo estoy aquí muy ocupado en estos planes estratégicos y tácticos.

Quieren demostrarme que ellos están muy ocupados discutiendo, que soy un intruso que los está interrumpiendo.

Por tercera vez Eusebio vuelve a preguntarme:

— ¿Cómo es posible que tú estés aquí? ¿Cómo te enteraste?

— Quedamos de vernos en Bucaramanga y a mí me informan que te encuentras por acá, por eso ando tratando de localizarte, hasta el día de hoy.

Aprovecho el intercambio de palabras, ese tú a tú, para acercarme y presionarlo...

— Yo vengo porque tú traes un dinero que debes entregarme, —lo agarro del antebrazo, lo sacudo y remato diciendo— es una solidaridad para el movimiento.

— Eso lo podemos hablar después, —me responde con inseguridad y por salir del paso.

Yo necesito el dinero para moverme, sólo me quedan cincuenta dólares, debe alcanzarme para llegar a Bucaramanga y hacer los contactos con los compañeros que ya habían regresado.

Eusebio quiere seguir embolatando la situación, y vuelve a la carga con sus argumentaciones:

— Villa, las cosas han cambiado, hay nuevos planes porque en Colombia hay una situación revolucionaria.

Se arrima a la mesa y toma un mapa e indica los Llanos Orientales para continuar con su perorata:

— Hay una conferencia guerrillera en Los Llanos, hay cuatrocientos hombres reunidos, entre ellos están el Tuerto Giraldo, Rosendo “Minuto” Colmenares, y otros frentes del Movimiento Obrero Estudiantil Campesino, MOEC.

Estoy tratando de organizar una nueva presión para conseguir una respuesta afirmativa sobre el dinero, cuando se escuchan los siete golpes en la puerta, siguen los tres segundos de silencio y suenan los dos golpes finales. Es la clave...

Eusebio está muy nervioso, me toma del brazo y me lleva a un cuarto donde hay un colchón tendido en el suelo, y me dice:

— No te muevas de aquí, no vayas a salir hasta que no te abramos la puerta.

Desde el otro lado de la puerta, casi cerrada, escucho que hablan entre susurros que llegaba el comandante de una fuerza urbana que coloca bombas en las ciudades.

Cuando abren la puerta e ingresa el personaje, escucho su saludo y el tono de su voz, la reconozco, me es muy familiar. Abro un poco la puerta del cuarto para confirmar y veo que es José Villamizar, entonces empujo la puerta, la abro completa. El hombre se me lanza y me da un abrazo. Rompimos la compartimentación que quería mantener Eusebio para seguir manipulándonos. Éramos muy amigos, pues mi hermano Manuel, Puyana y él fueron quienes me ayudaron a viajar a Cuba, ellos eran parte de nuestro plan inicial.

Eusebio se preocupa mucho, se da cuenta que sus planes se pueden ir abajo. Entonces nos separa, y nos dice:

— Ustedes no pueden hablar, está prohibido que vuelvan a conversar y a encontrarse.

Me lleva otra vez al cuarto, tratando de imponerme algo que no se había acordado en ningún momento y con nadie.

— Yo no soy subordinado de nadie, no tengo por qué aceptar esas órdenes, —le manoteo en su propia cara.

Eusebio sin poder salir del asombro y tratando de manejar la situación anota:

— Eso lo discutimos después, —cierra la puerta del cuarto donde estoy y saca de manera precipitada a Villamizar de la casa.

Luego de unos minutos me sacan del cuarto y tratan de volver a normalizar la situación conmigo para continuar con sus planes.

— Tú tienes que comprender que es un proyecto muy importante, donde está el Tuerto Giraldo, — trata de entretenerme con sus argumentos.

— Tienes que entregarme por lo menos la mitad del dinero, pues yo necesito viajar y no tengo con qué, —le digo en tono de exigencia.

— Ya no tengo dinero, pues se ha ido gastando; lo único que puedo darte son cien dólares y un revólver.

Del ahogado, el sombrero, los agarro de una, antes que se arrepienta. Me da mala espina lo que ha sucedido en esos instantes.

Al fin puedo salir de ese sitio, salgo en dirección de la Avenida Jiménez con Carrera Séptima, con la esperanza de encontrar a Villamizar, voy mirando

a lado y lado a ver si encuentro alguna seña, cuando llego a la esquina, sale y me dice...

—Llevo más de media hora esperándote, —me da otro abrazo y al apartarse anota— me dijeron que te habían matado en el Valle.

Me explica que él y Guillermo Puyana son los jefes de un grupo, principalmente de estudiantes de Bogotá, que funciona como un pequeño ejército que coloca bombas, que lo han llamado porque el MOEC se está organizando, ha entrenado gente en Cuba y lo van a sumar a las fuerzas guerrilleras que hay en Colombia, la fuerza guerrillera de los Llanos Orientales.

Me relata con toda franqueza y me dice directamente:

— Tú eres una ficha peligrosa para ellos, te tienen desconfianza, pues eres el único que no aceptará su plan.

— Pero si el plan acordado es otro, —trato de explicarle a Villamizar.

— No hermano, ellos tienen definido enviar a las regiones a los que entrenaron en Cuba, van con el grado de capitanes.

Por el sólo hecho de haber estado en Cuba y regresar a Colombia, los enviaban a un Frente guerrillero a dirigirlo y comandarlo, por supuesto

que no puedo estar de acuerdo. Pues no podíamos volver a repetir errores como la muerte de dirigentes queriendo fundar guerrillas rebeldes con base en grupos de bandoleros, la idea básica era iniciar de manera independiente, con compañeros conocidos y con un compromiso revolucionario. Queremos surgir limpios y además queríamos mantenerlo en secreto, pues surgir es un riesgo muy grande.

Villamizar le orienta a Julio Portocarrero y a otro compañero que está con él, para que me acompañen como guardaespaldas.

Viajo de inmediato a Santander para alertar a los compañeros, pero no encuentro los contactos. Víctor Medina Morón —que debía estar en Bucaramanga— no está, me entero que está desmotivado y ha viajado a Valledupar para trabajar con un hermano en unos cultivos de arroz, en una finca. Heriberto Espitia está por la línea del ferrocarril, en un pueblito llamado Provincia, de donde es oriundo, entre Bucaramanga y Barrancabermeja; había tenido un problema allí y estaba debiendo un dinero, se encuentra herido, pues en un lío de cantina con unos campesinos le dieron un machetazo en la cabeza.

Regreso a Bogotá a seguir dilucidando el problema, tan pronto llego me entero que ha

llegado Raimundo Cruz, pero ha sido enviado para los Llanos con el grado de Capitán, sin mi conocimiento. Ahí comprendo que él tenía previamente compromiso con el MOEC, pues fue quien me llevó a conversar con gente de ellos en un hotel de La Habana.

Ahora estoy sin dinero y con dificultades para continuar tratando de recoger y contactar a los demás compañeros de la Brigada; los amigos son quienes me dan la mano con alojamiento y comida.

Viajo nuevamente a Santander y logro sacar del lío a Espitia, pues está debiendo dos mil pesos, había comprado un bar que atendía cuando le metieron el machetazo. Le envió un telegrama a Víctor Medina, lo cito a Bucaramanga para conversar con él.

Vuelvo a Bogotá, se habla del MOEC con mucha intensidad, se dice que cuenta con un ejército de quinientos combatientes urbanos que colocan bombas en Cali, Medellín y Bogotá; yo sé que son los muchachos que trabajan con Villamizar y Julio Portocarrero; son compañeros que se montan en una motocicleta y en un saco llevan las bombas que van dejando por la ciudad, ellos mismos me lo han comentado.

Me entero que han llegado unos compañeros de Cuba, como Eusebio no se deja ver por ningún

lado, vuelvo a buscar sus rastros al apartamento cerca del Maizal.

Toco la puerta con todas las combinaciones de golpes que se me ocurren. Luego de casi media hora un vecino me dice que ese apartamento fue desocupado hace muchos días, intuyo que fue debido a mi anterior visita.

Tienen otro campamento, pienso en silencio y le doy las gracias al vecino por la información.

Hablo con José Villamizar y le comento lo sucedido y que no hay nadie en ese apartamento, me dice:

— Déjame buscar entre los conocidos y en unos días hablamos.

A los diez días nos citamos y trae una dirección donde puede encontrarse Eduardo Franco Izasa. Es una casa al norte de la ciudad. Toco la puerta, y con un cordel desde un segundo piso la abren. En la entrada hay una escalera larga, recta y alta, que termina en un segundo piso de madera.

— ¿Qué se le ofrece?, —me dicen desde arriba.

— Necesito hablar con Eduardo Franco Izasa, —le respondo mientras voy subiendo por las escaleras.

— Un momentico, yo estoy muy ocupado, ahora no te puedo atender.

Como sigo subiendo las escaleras, se asoma y me dice:

— Si usted busca a Patricio Larrota, él no está aquí, está con William Ospina.

En seguida me entrega la dirección de una casa en el barrio Restrepo, y me reafirma:

— Ahí los puede encontrar.

Me deja frío esta información, pues me confirma que el Comisario político de batallón Eusebio, a quien consideramos cubano, es en realidad Patricio Larrota, un hermano de Antonio Larrota. Es muy grave lo que está aconteciendo. Recuerdo cuando estábamos en Cuba, en los días que constituimos la Brigada, pinté en una cartulina grande a Antonio Larrota y Camilo Cienfuegos, entrelazados con las dos banderas. En esa pintura me llamó la atención el ligero parecido que había en la nariz de Antonio y Patricio, pero yo no fui capaz de sospechar nada.

Arranco de inmediato en dirección al sur a buscar esa casa. En el barrio Restrepo encuentro la dirección, toco la puerta, sale una mujer elegante, bonita, que me pregunta:

— ¿Qué se le ofrece?

— Mire, busco a William Ospina.

— Pase y siéntese, no estoy segura si está, voy a mirar, —entra hacia el patio detrás de una puerta y regresa.

— Espere un momentico, —me dice con cierta coquetería, se sienta en una silla y cruza las piernas, tratando de distraerme.

En ese mismo instante que termina de decirme que espere, oigo ruidos extraños que vienen del patio, me lanzo por encima de las piernas de ella y en carrera llego al patio donde encuentro a William Ospina tratando de ayudar Eusebio a saltar un muro de ladrillos y pasarse para la casa vecina.

Eusebio está encaramado sobre las espaldas de William. Brinco y bajo del cuello a Eusebio.

— ¡Qué pasa, qué pasa!, —dice sorprendido Eusebio ante la cólera que mira en mi cara.

Sacó de la pretina una pistola Super Start que llevo montada y con tiro en la recámara, los apunto a ambos y les digo:

— Para adentro hijueputas, —y los meto en un cuarto de esa casa.

Le rastrillo las costillas a Eusebio con el cañón de la pistola y le exijo me entregue los contactos con los compañeros que han regresado de Cuba. Me dice que los compañeros están en el Hotel San Francisco, en Bogotá.

Lo sigo presionando para que me entregue el dinero que le han traído. Sigue mamando gallo,

me salgo de casillas, le digo cuatro cosas y le restriego otra vez las costillas con la pistola. El hombre se acobarda, pues se da cuenta que no puede seguir con su cuento.

— El dinero ya lo gastamos, —me dice agachando la mirada.

Opto por requisarlo, le quito un revólver y trescientos dólares. Efectivamente el MOEC tiene el plan de quedarse con los compañeros de la Brigada, y a mí me harían a un lado. Ahí me doy cuenta que están a un paso de lograrlo.

Voy de inmediato al Hotel San Francisco y encuentro a Reina y Rubio, a quienes ya estamos llamando Mario Hernández y Alfredo Rovira.

## VII

Con el refuerzo de los dos compañeros viajo a Santander para establecer los contactos con Víctor Medina y Heriberto Espitia. También he logrado construir una relación con Juan de Dios Aguilera, un trabajador petrolero de Barrancabermeja.

Mis urgencias, que son más operativas como contactar a los compañeros, enfrentar los líos con el MOEC, no me permiten estar atento al sentir de los otros compañeros que están en función de la lucha social. Me percató de esta realidad cuando converso con Juan de Dios Aguilera, pues lo veo interesado en comentarme sobre la historia de Barrancabermeja, de la lucha de los obreros petroleros, de todo lo acontecido entre los meses de mayo y agosto; que por el reciente retorno mío al país y los problemas que me ha tocado vivir, los estoy pasando por alto.

Me comenta que en el puerto petrolero, luego de muchas luchas del pueblo y los obreros se logró crear Ecopetrol en mil novecientos cincuenta y tres, como una empresa de la nación, que fuera para beneficio del país y no botín de las empresas extranjeras. Desde ese entonces, Barrancabermeja se convirtió en una próspera ciudad con oportunidades laborales y ascensos en la vida económica y social, se vio desbordada por un nuevo ciclo de inmigración y se ponía en

evidencia la falta de planeación por parte de las élites gobernantes.

La gente se vio en la necesidad de invadir predios para construir sus viviendas, se organizaron en cooperativas para realizar toma de los terrenos y construir sus casas; llegaron luego, en cadena, las demás necesidades básicas de la sobrevivencia urbana: el agua potable, alumbrado público, el alcantarillado, la salud y la educación.

Todas estas reivindicaciones de la gente fueron desconocidas por los gobernantes y las élites locales y regionales; a este polvorín a punto de estallar las autoridades respondieron con represión; por tanto, la gente no tuvo otra opción que lanzarse a un paro cívico el veinte de mayo, fue tan masiva la participación que hasta las Trabajadoras sexuales organizadas en el Sindicato de Trabajadores de Bares y Cantinas, estuvieron vinculadas a las jornadas de protesta.

Nuevamente la respuesta fue la represión abierta y frontal contra la población que protestaba. Pero la gente organizada del Puerto bloqueó el Aeropuerto, las vías férreas del tren entre Bogotá y la Costa Atlántica, de igual manera cerraron el acceso de los trabajadores a la Refinería y a otras instalaciones de la empresa. Los obreros estaban vinculados al paro.

Los trabajadores petroleros agrupados en la Unión Sindical Obrera —USO— y Fedepetrol, tampoco han sido escuchados por los directivos de la empresa, no tienen más alternativa que acudir a la huelga el doce de julio; los trabajadores venían denunciando la corrupción y el robo de los recursos públicos de Ecopetrol por parte de la burocracia.

La lucha de los trabajadores petroleros se extendió hasta agosto y en varias regiones del país se llevaron a cabo huelgas de solidaridad, como en Tibú, Cicuco y Puerto Boyacá.

Tenía aceptación por las organizaciones sindicales, por cuanto se luchaba: contra la persecución sindical del Frente Nacional, por defensa de la Convención Colectiva, contra la corrupción administrativa, oponiéndose a la entrega de la industria del petróleo al capital extranjero y contra la represión y la militarización.

Juan de Dios Aguilera me comenta que los organismos de seguridad de la Policía y Ejército colocaron bombas explosivas en las tuberías que iban a la Refinería para justificar los allanamientos de las sedes sindicales de La USO en el Centro y la Refinería.

Los campesinos de la región también fueron solidarios con la huelga y las luchas de la gente en el Puerto, sobre todo de las veredas que nos

conectaban desde Yarima hasta San Vicente de Chucurí, los campesinos llevan sus productos para que la gente no aguante hambre y pueda resistir, esta área es la seleccionada para iniciar nuestro proyecto guerrillero.

Estaba finalizando agosto, y por estar en otras actividades, que consideraba prioritarias, esta intensa dinámica de lucha, para mí, casi que pasaba desapercibida, eran hechos que seguían sintiéndose con mucha intensidad entre nuestros nuevos compañeros.

Con más ganas seguimos trabajando con Víctor Medina y él me contacta en Bucaramanga con otros compañeros en la Universidad Industrial de Santander —UIS—, y con Heliodoro Ochoa, oriundo de San Vicente de Chucurí; es un muchacho de aspecto agradable, trigueño, algo quemadito, la cara un poquito plancha, fuerte, macizo, no gordo, de mediana estatura. Con él viajo para San Vicente a conocer unos muchachos de apellido León.

Tomamos una chiva que va de San Vicente hacia El Carmen, la carretera va paralela a la Cordillera de los Cobardes, se dirige hacia el sur. Se pasa por Puente Murcia, más adelante en la margen derecha y perpendicular a la carretera, llegando a la parte alta se encuentra la Vereda La Colorada, ahí viven los hermanos León, son una familia de

campesinos gaitanistas, guerreros de la época de la violencia. En toda la vereda son liberales.

Subimos la loma de noche por un camino de herradura, nos gastamos una hora y media, ahí encontramos a la casa de los muchachos León. Somos bien recibidos, pues tanto el papá de Heliodoro como de los muchachos eran de origen comunista, habían sido bolcheviques de la tendencia Duranista y habían alcanzado a tener algunas alcaldías.

Estos dos muchachos se ven valientes, son vaqueros, nos atienden con mucha simpatía. Hablamos algo, pero siempre tratando que fueran ellos los que más lo hicieran, para conocerlos, nosotros somos cuidadosos para no levantar sospechas. Es un año de muchas tensiones políticas, pues es el segundo gobierno del Frente Nacional, aún existen bandas en algunas regiones y no queremos que nos relacionen con ellas. La pugna entre liberales y conservadores se siente por lo vivido en Santa Elena del Opón con Rafael Rangel, en tiempos de la violencia.

En ese tiempo la oligarquía liberal y conservadora, utilizó a la gente humilde en sus guerrillas y bandas, pero ya habían sido exterminadas y después de la muerte de Guadalupe Salcedo, vieron que podían renacer fuerzas guerrilleras como si fueran un bumerang contra el sistema, se

estaban dando algunos ensayos rebeldes que la oligarquía los persigue de manera implacable. La gente comprende esta situación con facilidad, se palpa la inconformidad, encontramos un ambiente propicio para hablar con ellos sobre las contradicciones entre liberales y conservadores, el porqué de la violencia, la pobreza en que se vive, la explotación de la que se enriquecen los oligarcas mientras se arrodillan a los gringos. No paramos de hablar hasta pasadas las diez de la noche.

Al momento de irnos a dormir, Heliodoro me dice que al día siguiente salimos para donde José Ayala.

— José es un joven muy interesante que prestó el servicio militar, pero algo altanero, —para menguar este juicio agrega:

— Pero inspira confianza y respeto en la gente de la región, y mantiene muy fresco lo aprendido en el Ejército.

Por la mañana, subimos a una casita, en unos cafetales muy fértiles, entre unos naranjos está la mujer de José Ayala. La saludamos y preguntamos por él, nos responde:

— José no está, pero lo pueden encontrar en el Toboso.

Después de un descanso reanudamos el camino. En la tarde se desgranó un aguacero, al rato pasa pero siguió amenazando con más agua, al final como a las cuatro de la tarde vimos el potrero del Toboso. Arribamos a la casa, siento nítido el olor del aceite Tres en Uno. Antes de llegar a la puerta ladra un perro y sale un tipo de unos veintitrés años con una sonrisa tal como me lo ha descrito Helodoro: medio chino, atlético y fuerte, se veía ingenuo a primera vista, pero era muy vivo y astuto.

— ¿Aceitando el fierrito? —le digo para romper el hielo, y haciéndolo caer en cuenta que me he percatado del aceite Tres en Uno.

Se ríe, anda a pie limpio, se le acerca a Helodoro, le extiende la mano y nos dice:

— Sigán para adentro y conozcan a mi mamá.

La señora nos brinda una comida muy modesta y humilde; comimos unos pescados pequeñitos con yuca, José agarraba esos pescados con un estropajo, tienen muchas espinas, esa es la comida normal por esa región.

Los Ayala son una familia muy pobre, su casa es pequeña, dos cuartos, uno era para los dos viejos y el otro para cuando llegaba alguien o los hijos. Al lado de la casa está un rancho de palma, donde queda la cocina. El área donde está la casa es

plana, no tiene más de treinta metros a la redonda.

Como José todo me lo dice con una risita maliciosa, Heliodoro me lleva afuera de la casa, a un pequeño patio y desde allá llama a José, para conversar más en confianza. Ahí le dice que yo soy una persona revolucionaria, que quiero conversar con él sobre las cosas que entre ellos han conversado en muchas oportunidades. Continuamos hablando como la noche anterior donde los León, es una conversación recurrente en estos tiempos de incertidumbres. Al final nos damos cuenta que tenemos los mismos ideales y propósitos.

Antes de acostarnos, José señala con la mano:

— Allá está El Cerro de los Andes, mañana que esté más claro les indico mejor.

Antes de las diez nos vamos a dormir, José me lleva a un cuarto pequeño donde puedo descansar. Yo estoy intranquilo, algo inquieto, para estar más seguro coloco un cordel y le amarro unas latas, para que me alerte por si alguien entra, pues yo ando armado.

En la noche escucho un ruido, me parece que es una rana y sigo durmiendo.

— ¿Usted siempre anda con tramperos? —es el saludo que José me da en la mañana.

No queda duda, José durante la noche estuvo pendiente, se había levantado a revisar cuando escuchó el ruido de la rana, y se dio cuenta de las latas que yo había colocado.

Me siento desadaptado, no estoy en la misma forma que cuando estaba en el Escambray. Ha pasado tiempo, no he hecho ejercicios y las piernas están engarrotadas por la caminata de ayer. Me preocupa tener que continuar el camino así.

A José le gusta el atletismo, corre maratones a pie pelado, se nota a leguas, pues en la planta de los pies se le han formado unos callos como de un centímetro de gruesos, para mantenerse en forma toma bastante jugo de naranjas. Es muy inquieto, al final me cuenta que tiene un revólver y una escopeta.

— Por si las moscas, uno nunca sabe, —me hace una mueca con los labios aseverando lo que dice.

En seguida aprovechamos para que José nos muestre El Cerro de los Andes.

Mirando hacia el noroccidente José señala con la mano:

— Esa es la nariz del cerro, la peña alta en la parte más sobresaliente.

En esa misma dirección vemos la profunda hondonada del río Oponcito, luego sigue el río Cascajales, más allá el río Sucio y mucho más lejos la falda de El Cerro de los Andes, sin que podamos detallar su geografía por la distancia.

Desde ahí mismo nos indica, hacia otro lado, un fundito que tiene, él le dice un descubierta donde tiene sembrado plátano y yuca; es una zona de colonización.

Al rato deciden que no seguimos hacia el Cerro de los Andes, me alegro, pues como tengo las piernas tan maltratadas, pienso que me iría muy mal. Consideran que es mejor llevarme a conocer otro amigo de ellos en la vereda La Fortuna.

— Vamos y conoce a Pedro Gordillo, es como mi hermano, —dice José para justificar el cambio de ruta.

Arrancamos en dirección a La Fortuna, dejamos la visita al Cerro de los Andes para otra oportunidad.

En la tardecita, luego de caminar hora y media, llegamos a la vereda La Fortuna, a la casa de la familia Gordillo, al sentir nuestra presencia, Pedro sale a recibirnos. Es un muchacho de unos veintidós años, pecoso y pálido con unos ojos azules y saltones, muy inquieto, siempre está moviendo la cabeza y el cuerpo; lleva colgada en la cintura una macheta, le coloca con frecuencia la

mano en la cacha y con la otra se levanta el sombrero. Lleva puestas una cotizas, viste más al estilo de los campesinos de la región, mientras que José se ve un poco suburbano, ni campesino ni urbano sino mezcladito, de los que se mueven por los pueblos y carreteras, de más mundo.

Aprovecho la amistad entre José y Pedro para conversar con ambos, saltamos de un tema a otro, recordamos hechos de la violencia en la región, lo acontecido a la guerrilla de Rangel Gómez, la chulavita, las guerrillas de los llanos, el engaño del gobierno de Rojas Pinilla y ahora el gobierno pactado entre los ricos, conservadores y liberales para turnarse en el poder, cuatro años uno y los siguientes cuatro el otro, por dieciséis años. Luego hablamos de la región, de los conocidos, y del proyecto que teníamos varios compañeros con los que veníamos organizándonos en Bogotá, Bucaramanga y Barrancabermeja: constituir una guerrilla revolucionaria.

— ¿Pa' echarle plomo al gobierno? —interroga inquieto Pedro.

— Para quitarles el poder a los ricos y construir un gobierno para los pobres, —le respondo para aclarar las cosas.

— Claro Pedrito, pa' darles pu'el culo a los ricos y luego cambiar esta vaina, —le argumenta José.

Son los dos primeros con los que entro en confianza, se animan con la idea, hablamos de armas, y de cómo podríamos iniciar, la importancia de conocer el territorio, la gente, los cultivos, la comida. Y lo más importante: conocer las personas más confiables.

Yo tengo ya veintisiete años, un poco mayor que ellos dos, no les llevo mucho, por eso se facilita la relación. Pero el ser un poco mayor me permite tener cierta autoridad y que me escuchen.

La gente en la región está muy pendiente de los forasteros, de los extraños, costumbre que ha quedado de los tiempos de la violencia, por eso a los dos les preocupa que mi presencia levante sospechas o se imaginen cosas que no son; por eso me dicen que lo mejor es hacerme pasar por un familiar de los Gordillo, como primo de Pedro, o sea sobrino de doña Teófila. Ella tiene otros dos hijos y un yerno que vive más abajo en una casa pequeña, a unos doscientos metros hacia una cañada, debajo de la carretera.

Desde el primer día donde los León me había presentado con el nombre de Carlos Bernal, los primeros días funcionó bien, ahora con el consejo de José y Pedro, los que me conozcan deben asociarme a la familia Gordillo, soy el primo de Pedro que ha regresado de los Llanos Orientales.

Al frente de la casa de los Gordillo vive la familia Rodríguez, que les dicen los Comejenes.

— Vamos y conoce al Viejo Comején, —me dice Heliodoro y arranca a caminar en dirección a la casa.

Veo que Pedro Rodríguez, pese a que le dicen El Viejo, no es tan viejo, se ve entero. Es buen conversador, resulta fácil hablar con él temas interesantes. Pedro Gordillo aprovecha la oportunidad para presentarme como primo suyo.

En la región se siente un ambiente de tensión política, en los tres días que estoy andando por ahí, me voy percatando que la zona comprendida entre las veredas de La Fortuna y El Toboso, en dirección al Cerro de Los Andes, hacia el río Sucio y el río Cascajales, y que llega a río Fuego y Yarima, es una zona liberal, y se encuentra algo cercada por regiones conservadoras. Ahí cerca está El Carmen, donde la gente es muy conservadora y sectaria.

Al otro lado de la cordillera, está Vélez, Santa Elena del Opón, donde según la historia Rafael Rangel, el jefe guerrillero liberal había realizado una matanza. Eso aún estaba en los recuerdos de la gente de la región. Rafael Rangel había sido alcalde de Barrancabermeja en tiempo del asesinato de Gaitán, luego se alza en armas, conformando una guerrilla defensiva, que se

enfrenta a las bandas "chulavitas" conservadoras, realizó operaciones en Yarima, Puente Murcia, La Colorada, El Carmen, Albania y por El Carare-Opón. Su base de operaciones la estableció en el margen izquierdo del río Cascajales, en su finca "La Loma", en el área del Cerro de los Andes.

Llegaban rumores frescos, sobre Efraín González, quien se movía con su banda en una región relativamente cercana donde nos encontramos; se dice que posiblemente va a cobrar venganza. Para los campesinos no había pasado mucho tiempo y sentían temor que llegara con su cuadrilla a matar, era una amenaza real.

Por eso es comprensible la desconfianza hacia los forasteros, como es mi primer viaje a la zona, hasta mi apariencia llama la atención: mi estatura, los bigotes, los movimientos nerviosos y algo ariscos que trato de disimular, pero no pasan inadvertidos. Trato de disminuir los contrastes con mis conocimientos y cierta práctica con las labores del campo; había nacido en el campo, conocía bastante sobre el cultivo de café, de niño me crié en los cafetales, y una que otra cosa de sembrados. Ahora mi apariencia es de un urbano y mi manera de vestir y moverme lo dejaba evidente; soy un forastero.

Al moverme con José Ayala y Pedro Gordillo, hacíamos un trío diverso. Pedro más campesino y

diferente a José quien se ve suburbano, yo urbano y extraño a la región, siempre ando desconfiado, dudando de todo, pendiente que llegue la policía; para mí toda persona es desconocida y por tanto sospechosa. Cosa muy distinta para José y Pedro, conocen a todo mundo.

Los tres días pasaron volando, me hice una buena idea de la región y conozco a las personas de confianza que me presenta Heliodoro, dos elementos definitivos para regresar a crear las condiciones del asentamiento guerrillero. Les explico a los compañeros que debo volver a Bucaramanga y Bogotá donde hay otra gente por atender, y por eso no puedo quedarme de una vez.

— Luego vuelvo para que vayamos al Cerro de los Andes, —les hago la promesa cuando les veo la cara al enterarse de mi viaje.

Es una necesidad vital visitar el Cerro de los Andes, conocer su topografía y las posibilidades operativas de su territorio.

Alistándome para el regreso, José y Pedro me llaman de manera misteriosa, José con cierto tono de trascendencia me dice:

— Ese nombre, Carlos Bernal, que usted nos dio, no debe seguirlo usando.

— ¿Y por qué no? —les replico extrañado.

— Un tipo con ese mismo nombre tuvo una banda por los lados de Yarima, y la gente no se traga ese cuento, —argumenta Pedro, echándose el sombrero para atrás.

— Yo no dije Bernal, sino Villareal, —y les guiño el ojo con picardía.

— Pedro, ese sí es el primo suyo, el que estaba por los Llanos, —anota José palmoteándole el hombro a Pedro, y los tres nos echamos a reír.

## VIII

Hice el mismo camino de regreso hasta Bucaramanga para encontrarme con el grupito de compañeros que estoy creando. Las condiciones de apoyo aún son precarias, por eso me alojo en una residencia junto al Parque Centenario, en una esquina, pago cinco pesos por noche. De ese mismo sitio salen los buses intermunicipales, también me queda cómodo conseguir comida barata en un restaurante muy popular donde venden sancocho.

Ese hotelito sólo lo utilizo para dormir. No hago ninguna conversación ahí, ni en ningún parque. Para hablar con los compañeros acudo a las pocas casas que consiguen Víctor Medina y Heliodoro Ochoa. Los apoyos son muy limitados, pues por seguridad no podemos utilizar los sitios que habitan, debemos protegerlos, pues de ellos depende el futuro de las redes urbanas que tenemos que crear, para cuando la guerrilla rural esté constituida.

Tampoco puedo citar varias personas en un mismo sitio; aunque ocasionalmente lo hacemos en Barrancabermeja, donde tenemos un poco más de apoyo, ahí Juan de Dios Aguilera tiene más gente conocida.

Yo alterno entre Bucaramanga, Barrancabermeja y le doy vuelta a los compañeros en San Vicente y la

zona de La Fortuna.

En una de mis pasadas por Bucaramanga, me reúno con Julio Portocarrero en el hotelito del Parque Centenario. Ambos andamos armados, lo tenemos como rutina de seguridad. Antes de sentarse, Julio hace un movimiento con la mano para sacar la pistola...

— Quítale el proveedor, no te confíes con esos aparatos, —le digo para advertirle del cuidado que debemos tener en ese sitio.

Efectivamente, le quita el proveedor, se confía que no tiene tiro en la recámara y se le enreda el dedo en el gatillo y... PUMMM.

El tiro entra por el costado de la chaqueta que yo llevo puesta, me rompe la camisa por dos partes, sale otra vez por la chaqueta, le da a pared, rebota en ella y la ojiva se mete en el bolsillo de mi pantalón.

El tiro sólo me rozó la piel, no sangré, pero quedó marcado como una traza. En el instante que estamos mirando el daño que ha causado la bala, escuchamos la bulla de la gente en la calle, preguntando qué había pasado, dónde había sido el disparo.

Nosotros dos, también salimos haciendo bulla y preguntando lo mismo. Al final todo se calma en la calle y las cosas vuelven a la normalidad. Por

suerte no me mató.

Nuestras relaciones con la gente marchan lentas, pero poco a poco los contactos con nueva gente se van dando. Ahora con el apoyo de Heliodoro y José Ayala conozco en San Vicente de Chucurí a Peña, que es zapatero; y a un muchacho tornero, de pelo rubio, de apellido Murillo. Así, cuando paso por ahí, puedo alojarme en sus casas.

En la región se siente un gran temor, la gente piensa que vendrán acciones de venganza por lo acontecido en Santa Elena; los campesinos me buscan para conversar el tema. Uno de los más temerosos es Luis Fernando Parada, un liberal.

Me entero que entre ellos han conversado de realizar una reunión, sobre todo la gente de la zona de Río Sucio. Se habla que la gente está dispuesta a recaudar algún dinero para financiar la causa de la defensa.

Heliodoro Ochoa ya no vuelve a acompañarme a la zona, pues debe ocuparse de la organización urbana en Bucaramanga.

Estamos en los preparativos de la reunión, ya estoy invitado. Tomo la chiva en el río Cascajales y cuando vamos llegando al Topón, se suben dos campesinos con pañuelo rojo, rabo de gallo. A uno de ellos le falta un ojo; el otro es un negro cariplancho, con una cicatriz en la frente.

El Tuerto insulta a un señor sin razón alguna, yo le digo que respete al señor. ¡Para qué fue!, al ver que un forastero le llama la atención, se pone agresivo, y la agarra conmigo. No me deja más alternativa y paro la chiva, lo increpo de frente y de una de digo:

— ¿Cuál es la vaina suya?

El tuerto no me discute, pero se pone rojo, está enfurecido y hace notar que lleva un cuchillo mata ganado en la cintura, en la parte de atrás; el negro cariplancho también trae cuchillo, su cacha es más visible. Yo llevo un revólver y una pistola. Todo queda en punta, como iba más gente en la chiva, sin decir más palabras, preferimos evitar un lío mayor.

La reunión se da veinte días después del incidente en la Chiva. Cuando llego al sitio donde ha sido convocada: la finca de Luis Fernando Parada, en la vereda El Filón contigua a la vereda La Fortuna, donde viven los Gordillo y los Rodríguez, él está hablando con unos conocidos suyos, entre ellos Luis José Solano Sepúlveda, a quien le dicen Tirapavas, tiene un ojo que le baila, él es de Río Fuego.

Al momento empieza a llegar más gente, ahí vienen los dos tipos con quienes había tenido el altercado en la chiva; ambos me miran con molestia.

Antes de empezar a hablar, paso primero a saludar de mano a cada uno de los presentes, cuando llego ante los dos tipos, al Tuerto se le pune lloroso el ojo bueno y el Negro tiene morada la cara de la rabia.

— ¿Se da cuenta?, uno debe tener cuidado con lo que dice, —anota el Tuerto moviendo el dedo índice, en gesto de advertencia, para que la gente lo vea.

— Eso es cierto y también vale para usted, —le respondo extendiendo la mano a cada uno. La gente nota que hay un choque con ellos.

Llegan cerca de quince personas, algunas ya conocidas; son de Yarima, Río Fuego, Río Sucio, El Toboso y la Fortuna.

Cuando empiezo a hablar todos me miran con atención, siento que están esperando resolver las incertidumbres que tienen, por eso les digo:

— Estamos reunidos por el peligro que hay sobre la región, y la idea es enfrentarlo juntos. Esa es la razón de esta reunión.

Todos asienten con la cabeza mis palabras, cosa que me permite hacerles las reflexiones que ya hemos conversado con los más allegados: José Ayala, Pedro Gordillo, los hermanos León y Luis Fernando Parada.

Les hablo entonces que lo acontecido en Santa Elena del Opón era lo mismo que había sucedido en varias regiones del país, donde la gente pobre había sido manipulada por la oligarquía liberal y conservadora y que las consecuencias las padecían los pobres, mientras los ricos habían hecho un acuerdo y seguían gobernando, ahora un partido gobernaba cuatro años, y los siguientes cuatro el otro, mientras nosotros, en la base, seguíamos enemistados y enfrentados. Ha llegado el momento de unirnos para luchar, los de abajo contra los de arriba, contra los explotadores. Que la responsabilidad de la violencia era de los millonarios, sean liberales o conservadores. Ahora se trata de organizar un movimiento distinto, de los pobres contra ese sistema injusto y explotador del pueblo.

— Por ahí sí es la cosa, —dijo alguien del auditorio.

— Pero si nos atacan los que han amenazado, ¿qué hacemos?, —Replica alguien que tengo al frente.

— Se trata de las dos cosas, —les digo para tratar de retomar el sentido de la conversación.

Hago un recuento de lo acontecido con las guerrillas de los Llanos, quienes luego de negociar con el gobierno de aquel entonces, de Gustavo Rojas Pinilla, los jefes guerrilleros fueron

asesinados, entre ellos Guadalupe Salcedo. Les comento que Guadalupe Salcedo luego de muchos éxitos militares contra las tropas del gobierno, como la emboscada realizada en las proximidades de Orocué contra el Ejército donde dio de baja a noventa y ocho soldados. Firmó un acuerdo el veintidós de julio de mil novecientos cincuenta y tres; para luego ser asesinado el seis de junio de mil novecientos cincuenta y siete cerca de la estación de Bomberos del sur de Bogotá.

Luego de mi primera visita a la zona, los hermanos León me acompañan para donde voy, son como dos guardaespaldas, lo mismo hacen José Ayala y Pedro Gordillo, en la reunión los cuatro están muy cerca de donde me encuentro. Claro ahora son más cercanos los dos últimos.

Esa región es de estirpe liberal, todos los presentes tienen ese origen familiar, pero también comprenden que aparte del lío entre partidos hay una realidad entre ricos y pobres, este último fenómeno ahora empieza a pasar a un primer plano. Se ve necesario tomar medidas de seguridad para poder defenderse de un posible ataque armado de los conservadores o de la policía "chulavita", que había sido lo tradicional en tiempos de la violencia.

— Necesitamos colocar una guardia por las rutas de Santa Elena, —me dice José tratando de darme

ideas.

— De eso se trata, que entre todos podamos dar ideas, —agrego buscando que otros se animen a decir algo.

— Aquí tenemos algunos fierritos, —anota Jorge González.

Eran dos hermanos, Pablo Emilio de veintidós años y Jorge de treinta y seis, ellos viven al otro lado de la cordillera.

Entre los asistentes aparecieron dos carabinas, una escopeta y una carabina de la U, Winchester. No era mucho para esa primera reunión, pero la gente se ve comprometida.

— También debemos colocar una guardia por Río Sucio, —señala Luis José Solano Sepúlveda, quien conoce muy bien esa zona.

— Es una buena idea, —le digo, para tener en cuenta a la gente con experiencia, sé que debemos estar pendientes de esa área, es uno de los riesgos existentes.

Queda claro, entonces, que en la parte alta de Río Sucio, organizaríamos la guardia de alerta, yo estaría pendiente con los campesinos de esa zona, por medio de enlaces; de tal manera que cuando se supiera que venían a atacarnos, independiente de quien fuera, nosotros inmediatamente

pudiésemos responder de manera organizada, con gente de la región, donde estarían varios de los presentes.

A estas alturas de la reunión, y sin mucha dificultad se abre una brecha muy interesante para hablar de manera normal de las armas y de realizar entrenamiento para esa guardia.

Los dos tipos, el tuerto y el negro con la cicatriz en la cara, al principio de la reunión me seguían mirando molestos. A medida que transcurría el tiempo, me miran y se hablan al oído entre ellos dos. Al finalizar, le pregunto a Luis Fernando Parada por ellos y me dice:

— El tuerto se llama Salvador Afanador Afanador y el negro de la cicatriz es Pablo Emilio Rodríguez, son dos campesinos liberales muy buena gente.

Pienso, sin decirle nada a quien me está dando la información, que en cualquier momento uno puede meter las patas y más adelante nada saca uno con arrepentirse. Menos mal que el disgusto con los dos en la chiva no había tenido consecuencias que lamentar.

Empieza a caminar la organización de la gente en la posible zona de operaciones, pero la Brigada, está en pañales, pues de los doce que la integramos inicialmente, conmigo sumamos cinco: Víctor Medina Morón, Heriberto Espitia, Alfredo

Rovira y Rubio. Mauricio Artecona regresó al país y me envió una carta diciendo que entendiéramos su situación, que se retiraba del proyecto.

Sigo alternando mi tiempo, entre las visitas a los compañeros de Bucaramanga y Barrancabermeja y los compañeros de la zona de San Vicente y sus veredas. En la zona campesina les ayudo a José Ayala y a Pedro Gordillo en el trabajo recogiendo café.

La situación económica es muy precaria, no tenemos dinero para nada. Me veo obligado a vender mi reloj y mi traje de vestir, para poder financiar los viajes y algo de mi comida. Con estos cortos trabajos que hacía con los compañeros me daban veinte o treinta pesos. Eran cinco o seis días de trabajo y algo también me regalaban. Otro tanto hacían los compañeros de la ciudad. Ya no había esperanza en el dinero que había recibido el MOEC, eso estaba perdido, se lo habían gastado en otras cosas, vaya a saberse en qué.

Finalizando octubre viajo a Bogotá para conversar con los compañeros y seguir mirando con ellos algunas posibilidades en otras regiones del país. Ahí me informan que en septiembre fue golpeado otro intento del MOEC por construir guerrillas en el norte del Tolima, que murió Pedro Brincos y Ricardo Otero; este último era un barranquillero que había llegado a Bogotá a finales de los años

cincuenta a estudiar economía en la Universidad Externado, había militado en el socialismo de Antonio García, y luego se había vinculado Al MOEC.

Junto a estas trágicas noticias para los revolucionarios, los compañeros me informan que durante ese mes de octubre los estudiantes de varias universidades han logrado construir la Federación Universitaria Nacional —FUN—, que permite superar la dispersión de la lucha de los estudiantes universitarios, su plataforma logra articular dos decenas de universidades. Como Presidente del Comité Ejecutivo de dicha Federación fue nombrado el compañero Julio César Cortés, con amplio respaldo por su experiencia y honestidad, además hace parte de nuestros primeros núcleos en Bogotá. Los compañeros están muy animados por las expectativas que se abren para nuestro trabajo en las universidades, pero sobre todo por la coyuntura de luchas que se están anunciando en el país.

Luego de enterarme de estas noticias, intercambio con los compañeros sobre los adelantos obtenidos en la zona de San Vicente, también recibo informes de otros compañeros que están manejando relaciones y contactos en el Tolima y Boyacá, donde existen posibilidades de otras zonas de operaciones.

Me reúno con compañeros del grupo de José Villamizar, Guillermo Puyana y Julio Portocarrero. Entre ellos está Oliverio del Villar, un muchacho blanco, pecoso, de ojos claros; pero muy locuaz, se inventa cualquier discurso de la nada, es un agitador de la Juventud del Movimiento Revolucionario Liberal —JMRL—; este muchacho anda muy cerca de Álvaro Uribe Rueda y Luis Villar Borda, ellos dos andan en sus cosas del MRL; Claro, Luis Villar Borda fue quien ayudó —en algo— a mi hermano Manuel para que yo viajara con la beca a Cuba.

Como la situación económica está muy difícil, Álvaro Uribe Rueda me ofrece cinco mil pesos, para que no le vaya a quitar las vacas que tiene en Santander, son quinientos dólares, nos caen de maravilla en la pobreza en que andamos.

Como Heriberto Espitia está por la línea del ferrocarril en Provincia, Santander; trato de organizar algo parecido hacia el Tolima enviando a Oliverio del Villar. Le consigo unos binoculares, una brújula, una pistola y otra indumentaria.

El informe que tenemos por los contactos, es de la existencia de un grupo, el papel de Oliverio era el mismo que yo venía haciendo en San Vicente. Hablo mucho con él, el papel político que debe jugar, le explico las experiencias que tenemos en estos casos; el cuidado que hay que tener en el

trato con las personas; que debe ser el primero en levantarse, de ayudarles en todo lo que pudiera, debía cocinar como uno más, que actuara con mucha sencillez, que no posara, que fuera auténtico y que poco a poco fuera instruyéndolos.

Le cuento que en San Vicente se me habían roto los zapatos y con naturalidad ante los campesinos los remendé con alambre, y cuando se me dañaron por completo me puse unas cotizas, así ellos me veían como uno más, como uno igual y se iba ganado confianza.

Como soy consciente que Oliverio es un buen agitador estudiantil, con un buen discurso, me doy a la tarea de conversar mucho con él, de explicarle con más detalles las cosas para que entienda y lo haga bien, evitando errores de principiante, como somos todos. Pues estamos aprendiendo en la misma marcha. Le recalco mucho que elabore un discurso sencillo, que la gente entienda lo que se habla. Que no debe ser fante con la terminología ni con los gestos. Nada de colocar las manos en la cintura de cualquier manera, ni peinarse mucho ni pulirse el bigote, pues para la dura vida del campesino, son cosas que se ven de otra manera. Ellos están formados para los trajines del hacha y el machete, en el trabajo de sol a sol, bajo la inclemencia del agua y la lluvia. De todas maneras, Oliverio parte a su misión con mucho entusiasmo y fervor

revolucionario, aunque cuando habla se sigue desbaratando en elocuencia.

En la zona lo reciben doce tipos armados y desconfiados. Inicia sus conversaciones con ellos tratando de conocerlos.

Al día siguiente se levanta, se cuelga los binoculares, se coloca el mejor uniforme, igual las botas y se cala la mejor pistola —la que habíamos enviado—. Hace todo lo contrario, poco sirvió lo conversado con él.

A la siguiente mañana, mientras los tipos desayunaban, Oliverio sale a los alrededores del sitio y alcanza a mirar una plantación, es inconfundible, se trata de un cultivo de marihuana.

Oliverio, sin pensarlo dos veces, se va con un machete y socla las matas. Cuando los tipos van a la plantación, no hay una sola mata de marihuana en pie, están en el piso; agarran por el cuello a Oliverio, lo desarman, le quitan la pistola, la brújula y los binoculares.

En menos de quince días de haberlo enviado al Tolima, Oliverio está de regreso con una nota.

“Compañero, sin conocerlo pero seguro que usted es un hombre, le devolvemos a este hijueputa y no lo matamos por respeto a lo que usted quiera hacer por acá”.

No había duda, lo trataron con respeto, no hicieron lo de Aguililla, cuando mató a Antonio Larrota. Contamos con suerte, lo regresaron vivo. En este momento, no tengo a quién más enviar, al menos para aclarar la situación. Sin querer, cometimos el mismo error que cuestionamos. Ese no es el camino para construir una guerrilla, no puede ser con grupos de bandoleros. Tenemos claro que la nueva guerrilla debe conformarse con gente que tenga claros los objetivos políticos por los que se alza en armas. Necesitamos gente sin vicios, no importa que no sepa nada de lo militar, eso es algo que se aprende en el camino.

## IX

En Bogotá me estoy hospedando en una casa de gente cercana a José Villamizar, están conmigo Julio Portocarrero y una compañera de la universidad muy amiga de mi hermano Manuel, él aún sigue por Europa.

José Villamizar y Guillermo Puyana llegan a la casa donde estoy, están alarmados y traen la noticia, no hace mucho me he levantado, aún no son las seis de la mañana y sin pasar la puerta del cuarto, donde estoy terminando de vestirme, me dice Villamizar:

— El proyecto del MOEC va, —sin dejarlo terminar lo que quiere decirme, yo le replico:

— ¿Y para dónde?

— Van para Cuba León Bejarano, Eduardo Franco Isaza, y yo también viajo con ellos. Eso está caminando.

— Pero, ¿a qué van?... —le pregunto desconcertado.

— Se dice que van en busca de apoyo económico, para el MOEC, donde se incluye también a la Brigada.

— Pero ellos sólo tienen dos de la Brigada, el único que no ha llegado es Ricardo Lara Parada, y sigue en Cuba, —trato de hacerle claridad a

Villamizar.

— Lo que están diciendo es que el único que no está en la Brigada eres tú, Francisco Villa, incluso dicen que eres un obstáculo para todo.

— ¿Cómo hijueputas dicen eso?, —lo digo muy disgustado.

Los del MOEC aún no conocen mi nombre real, eso me daba cierto margen de seguridad.

— Lo que dicen es que Villa no tiene quien lo respalde y que ha abandonado a la Brigada, pero que ellos tampoco te quieren en el proyecto.

Con esta explicación me queda claro, estos tipos viajarán a Cuba a buscar apoyo y para ello llevarían propuestas rimbombantes. Dirán que han integrado a un ejército revolucionario urbano, que es la gente de José Villamizar, que la Brigada está también con ellos y que cuentan con otra gente que está armándose en varias regiones de Colombia, sobre todo en los Llanos Orientales.

Ellos presentarán a ese ejército revolucionario, como una fuerza que está preparada para colocar bombas explosivas en las ciudades, y cuenta con más de quinientos hombres.

El viaje se ha programado para realizarse en diciembre, antes de finalizar el año, pues tienen planeado hacer explotar varias bombas cuando

ellos estén en Cuba, para sacarle provecho, anunciando en persona a los cubanos en el mismo momento que se actuaba. Ya estaba cuadrado el sistema como se comunicarían desde allá. Se trataba de mostrar fuerza para ser convincentes.

A estas alturas, y con el enredo que se está formando, ya no me interesa el dinero que se pueda conseguir, pues ya nosotros estamos levantando nuestro proyecto con las uñas y va despegando. Ahora lo que me interesa es desenmascarar esta patraña del MOEC.

Tenemos muchas necesidades, estamos sin dinero, aun así estamos consiguiendo alguna logística en las ciudades, corriendo muchos riesgos hemos conseguido algunas armas, muy poquitas. En esto me apoyan Villamizar, Puyana, Julio Portocarrero, Félix Vega y un compañero muy bueno que ha regresado de China: José Manuel Martínez Quiroz, estaba acompañando en ese viaje a mi hermano Manuel, y ambos pasaron por China y Vietnam.

Félix Vega es del mismo grupo de Oliverio del Villar y hacen parte de ese ejército de Villamizar, es un grupo más o menos numeroso, y que los del MOEC creen que están con ellos. Pero Puyana me está ayudando hace meses desde dentro de ellos, así me entero de sus planes.

Para poder viajar a Cuba, le pido prestados seis mil pesos a Guillermo Puyana, quien acepta gustoso, quiere ayudar a desenmascarar ese montaje.

Una vez queda organizado el viaje a Cuba, me voy a la zona de San Vicente a informarles a los compañeros la situación que se presenta y les digo que debo ausentarme unos quince días.

De regreso paso por Barrancabermeja y Bucaramanga. Por solicitud de Víctor Medina y Heriberto Espitia nos reunimos, pues ellos deciden retirarse de la dirección que tenemos; la dirección general la integrábamos los tres; consideran que aún no había sido viable nuestro proyecto y se requiere un sólo mando con autoridad y decisión, que continuara al frente de la Brigada; que dicho compañero no necesite reunirse con nadie más para orientar lo necesario; ellos proponen que el mando sea yo.

— Mientras sigamos trabajando con entusiasmo, así como lo venimos haciendo, no importa cómo vaya a funcionar la dirección, —les digo para tranquilizarlos.

A partir de ese momento, de esa reunión en Bucaramanga, con estudiantes y los compañeros de ahí y de quienes son parte de la Brigada, se define que solo yo soy el responsable de lo queda de Brigada en Colombia y del conjunto del

proyecto en construcción.

Ahora lo concreto es viajar a Cuba a desenmascarar la tramoya del MOEC y tratar de rescatar a Ricardo Lara Parada que sigue en Cuba y no conoce nada de lo que está pasando con la Brigada original, y estos tipos quieren ganarlo para su cuento.

José Villamizar está bien informado sobre el viaje y me mantiene al tanto de todo. Con él viajan León Bejarano y Eduardo Franco Isaza, van por la vía de México. Guillermo Puyana viaja primero a China y se les reunirá en Cuba al regreso.

Compro el pasaje del avión y arrancho para México, me hospedo en el Hotel Virreyes, ellos lo hacen en el Hilton. Antes del viaje Villamizar me entrega el número de teléfono del hotel para que lo llame. Desde el Virrey lo llamo, y me comenta que León Bejarano y Franco Isaza, al día siguiente, se van a Cuernavaca.

En la mañana me meto al Hilton, a la habitación de Franco Isaza y le esculco el fondo de la maleta. Entre los documentos que encuentro hay una carta de Eusebio —Patricio Larrota— dirigida a su hermano Gabriel Larrota, me impacta, pues se trata del teniente Andrés; ahí le comenta lo que Villa ha hecho en Colombia; que le había creado muchos problemas al MOEC y que no estaba ni con la Brigada ni con ellos; le orienta que

mantenga lo que hay en La Habana y que estuviera en contacto con ellos para su futuro regreso a Colombia. Le manda un saludo a su hermana María del Pilar, y a su mamá Priscila. La esperanza que yo tenía de poder llevarme al Teniente Andrés se perdió, pues se trata de Gabriel Larrota, otro de los hermanos Larrota, y no es ningún cubano. Ahora sólo queda Ricardo Lara Parada, por recuperar y traerlo de regreso al país.

José Villamizar viaja adelante en un vuelo. Cuando llego al aeropuerto en México, a las salas de despacho, me encuentro con la sorpresa que tan sólo somos dos pasajeros para dicho avión, irá conmigo Eduardo Franco Izasa; pues León Bejarano viaja aparte.

Era un avión para dos pasajeros. Franco Izasa se fue para las sillas de atrás, evitando encontrarse conmigo. Yo me voy para atrás, y el hombre se levanta y se va para adelante. En esa nos la pasamos todo el vuelo, jugando al gato y al ratón, hasta que arribamos a La Habana.

Nos reciben en el aeropuerto y nos trasladan, a los dos, al Hotel Habana Riviera, les solicito a los que nos llevan que me dejen en la misma habitación, quiero controlar sus movimientos. Tan pronto nos quedamos solos, Izasa llama por teléfono al Teniente Andrés —Gabriel Larrota—, a

Pedro Abella y a Víctor Zamudio; que son los representantes del MOEC. Los cita a las ocho de la noche a un local cerca al Riviera, diagonal al Cohíba, donde venden parrillada. Cuando Izasa sale para allá, yo lo sigo hasta el sitio; ahí están con él Víctor Zamudio, Pedro Avella y el Teniente Andrés. Cuando me ven, se ponen contentos; yo les sigo el cuento, como si no supiera quien es Andrés, aprovecho el momento de emotividad y les digo que regresemos para el Hotel Riviera.

Aún ellos no conocían el contenido de la correspondencia; aunque Franco Isaza sabe los motivos de mi viaje, Andrés no sospecha nada. Ahí me doy cuenta que Isaza también está siendo engañado; pues le han vendido la idea que La Brigada hacía parte del MOEC, y quieren utilizar su prestigio para conseguir recursos con su presencia en Cuba.

Tan pronto llegamos a la habitación del Riviera, me llevo para un lado a Andrés y le pregunto que si él sabe de Raúl Lazo —Ricardo Lara Parada—, si lo puede localizar.

—Chico, él está en el hotel Sevilla Vilmore, — agarra un teléfono y le marca.

Cuando le responden del otro lado de la línea, pregunta por Raúl Lazo, al momento dice:

— ¿Adivina quién está aquí?... Villa, Villa, —y me pasa el teléfono.

Luego del saludo le digo con toda normalidad y de manera efusiva:

— Ahora voy para allá con maleta y todo.

Luego de unos minutos salgo para allá, el Teniente Andrés me lleva en su carro Volkswagen. Ricardo Lara está emocionado, por mi llegada y porque había sido autorizado el viaje de otro cubano a Colombia, seguía creyendo que Andrés era cubano.

Junto con Ricardo Lara está un cubano, se presenta como Jorge Fuste y me enseña su documentación de seguridad para el área de hoteles.

— Villa, Villa, qué bueno verte, —me abraza, y se suelta en lágrimas.

Me llama la atención la forma como se mueve, sus gestos, su forma de caminar. Lo hace igualito a Eusebio. Con todo lo vivido, yo ando como un mordido de serpiente. De inmediato se me viene a la cabeza lo que había leído sobre las guerrillas de la violencia y del Vichada. En algún pasaje estaba que un Larrota participante de la guerrilla del Vichada siendo capturado, había logrado fugarse y posiblemente se cruzó hacia Venezuela; me dije: éste es el otro Larrota, Ramón Larrota.

Sobre la mesa donde estaban conversando Ricardo y Fuste hay un mapa de Barrancabermeja, las petroleras, el río Magdalena, Casabe y Bucaramanga y unos planos con anotaciones de proyecciones que estaban pensando poner en marcha.

Luego de los saludos emotivos e intercambiar unas cuantas cosas sobre el viaje y recuerdos de nuestra estadía anterior en Cuba, saco unas botellas de aguardiente que llevo en mi maleta y tomamos varios tragos seguidos. A la media hora ya están todos entonados, me llevo de manera ágil a Ricardo hacia un lado y le digo todo lo acontecido, y que los tipos que tiene ahí, no son ningunos cubanos, que el Teniente Andrés es Gabriel Larrota, Jorge Fuste es Ramón Larrota, y el Comisario Eusebio es Patricio Larrota; que nos han engañado y se han quedado con los recursos.

Ricardo se queda de una pieza y me dice:

— Que hijueputas estos cabrones.

— Por ahora, sigamos como si nada, —le digo para terminar y nos unimos otra vez a los tragos.

Trago va y trago viene, hasta dos horas más tarde, cuando ya están con los tragos en la cabeza; me pongo de pie, lleno mi vaso con aguardiente y con ánimo de ceremonia les digo...

— Brindemos por uno de los líderes y de los mártires más grandes y más hermosos de nuestra América, llamado Antonio Larrota, —levanto el vaso en actitud de chocarlo con el vaso de Jorge Fuste.

El hombre se me tira encima, me abraza y empieza a llorar a moco tendido...

— Mi hermanito, mi hermanito, —exclama desconsolado.

— Cállate, cállate, —le dice Andrés, y lo agarra por el cuello tratando de controlarlo.

— Cállese usted, y no sea güevón, —le replico con rabia.

Del impacto se les pasó la borrachera a Ricardo Lara y al Teniente Andrés —Gabriel Larrota—, pero Jorge Fusté —Ramón Larrota— sigue borracho gritando vivas a su hermano Antonio, abraza a su hermano Gabriel y le dice:

—Mi hermanito, mi hermanito.

Todo queda desenmascarado, en esa habitación del Hotel Sevilla Vilmore, donde se aloja Ricardo Lara.

En los planes que estaba conversando Ramón Larrota con Ricardo Lara, aparece el montaje de una farmacia en Bucaramanga con un compañero de base con quien se comunicaba Eusebio —

Patricio Larrota— en la idea que ahí estuviese Ramón y coordinara los contactos del MOEC; también aparece una Ferretería en Barrancabermeja con un supuesto cubano, pero era alguien relacionado con la familia Larrota.

Al día siguiente, un compañero cubano de apellido Gómez me autoriza el traslado al hotel donde está Ricardo Lara, y ya no vuelvo al Riviera.

Luego de este incidente voy con Gabriel Larrota a visitar su familia, él está abochornado por lo acontecido. Saludé a su madre Priscila, ella es lo más de querida, también a su hermana María del Pilar. Mientras estuvimos en el Escambray, Gabriel fue muy cercano, pues era el Teniente Andrés, cubano y nosotros teníamos la esperanza que nos acompañara de regreso a Colombia, cuando eso era muy dinámico, me admiraba y festejaba los chistes que yo les hacía a los muchachos en el entrenamiento. Luego, también visito la familia de Jorge Fuste —Ramón Larrota, a su esposa cubana y su hija Marisol de catorce años.

En los días siguientes Gabriel, reconoce lo sucedido, pero trata de quitarse la culpa manteniendo una relación cariñosa conmigo; para él había sido una cagada de toda la gente del MOEC y de su hermano Patricio Larrota, quienes pretendían quedarse con la gente de la Brigada y dejarme solo y por fuera del proyecto; entonces

asume una posición autocrítica, a la vez solidaria y cariñosa. No se habló que regresara con nosotros a Colombia.

## X

— Y bueno, ¿cómo es la mierda?, —interroga El Ché disgustado, sin responder mi saludo.

En ese salón a medio arreglar, que encierra un olor a mar llegado de la costa cercana; estamos frente a esa mesa de madera grande; ahí, hacia la esquina está sentado el Capitán Augusto, uniformado y armado, a un lado de él, el Teniente Andrés —Gabriel Larrota—. Al frente de la mesa, en una banca, están sentados: Eduardo Franco Isaza, Pedro Abella, Víctor Zamudio, León Bejarano, José Villamizar, Guillermo Puyana — recién llegado de China— y yo que acabo de entrar. Gómez que me llevó de urgencia a dicha reunión, se hace al lado de los cubanos.

El Ché sigue de pie, impávido y sacudiendo su tabaco en la mano, aún sin encender.

Para mí este escenario es un campo de batalla, y como buen aprendiz del arte de la guerra voy preparado con las mejores armas: la información ordenada. Conozco, también, los objetivos que llevan quienes me han hecho la guerra y están contra nuestro naciente proyecto guerrillero. Por eso llevo los libros que hablan con fundamento sobre los acontecimientos del país y las publicaciones amañadas en las que ellos piensan apoyarse.

Las palabras del Ché retumbaron en ese salón y todos nos estremecimos. Quedaba la palabra en manos del auditorio.

— Bueno, voy a comenzar yo, —dice Eduardo Franco Isaza poniéndose de pie, ya se le ven los años por el pelo un poco canoso, pero aún se ve fuerte. De manera locuaz sigue anotando:

— Vengo a hablar aquí de la guerrilla, no a la cubana, sino a la colombiana, pues nosotros en los Llanos Orientales nos levantamos en armas y en este momento tenemos preparada una asamblea, a realizarse en estos meses, en representación de diez mil guerrilleros que conformamos el MOEC.

En su argumentación sigue insistiendo que no son ni cien ni doscientos guerrilleros, sino diez mil, y que por tanto se requiere apoyo logístico de esas dimensiones: diez millones de dólares, colocando de entrada en el tapete las solicitudes.

El Ché tiene el tabaco en su mano izquierda, lo enciende al iniciar la intervención Eduardo Franco Isaza y lo fuma al ritmo e intensidad del discurso, con su mirada intensa muestra interés; cuando escucha algo altisonante, frunce el ceño y sosteniendo el tabaco entre el dedo anular y el pulgar, lo golpea con el índice para quitarle las cenizas.

El Ché se mueve, camina; lleva el tabaco a la boca, lo chupa y exhala el humo con suavidad, gira y mira al grupo, al centro, pero a nadie en específico; todos seguimos con la mirada los gestos y expresiones de él, son el espejo de cómo recibe cada palabra.

Franco Isaza se extiende en su intervención, hace referencia a los cinco frentes guerrilleros que ya tenía funcionando el MOEC.

En seguida toma la palabra León Bejarano para decir que viene en representación de una fuerza urbana que coloca bombas explosivas en Cali, algunas de ellas han explotado ese día. Es parte del montaje para impactar en la reunión, eso yo lo sabía. Además ellos lo habían informado a los funcionarios cubanos el día anterior.

La gente del MOEC estaba al tanto, por medio de sus relaciones, que El Ché era la voz cantante, era el delegado de las ORI y del mismo Fidel para este tipo de gestiones.

Bejarano sigue insistiendo en la importancia de las acciones realizadas por su gente. Entonces Guillermo Puyana entra en acción y dice:

— Esas bombas las coloca un Ejército Revolucionario urbano que obedece a otra dirección.

— Esas bombas fueron colocadas por un grupo que se fusionó con el MOEC, —replica enojado Pedro Abella.

José Villamizar, quien sabía a qué venía yo a Cuba, apoya a Puyana desmintiendo lo dicho por Bejarano. Pero Bejarano sigue insistiendo y le replica a Puyana:

— Puyana, ¿Usted qué va a saber de eso?, acaba de llegar de China, nosotros venimos de Colombia.

Se genera una tremenda discusión por quién había estallado esas bombas. El Ché golpea con el dedo al tabaco sacudiendo las cenizas, me hace un gesto con la cabeza, me señala con la mano y me dice:

— Villa, ¿cómo es la mierda?

Me pongo de pie, saco del bolsillo el periódico Revolución, Órgano informativo oficial en Cuba; y le entrego al Ché dos libros que hablan de las guerrillas de la violencia, uno de Monseñor Guzmán y el otro es Wicheda, escrito por Álvaro Valencia Tovar.

El periódico ha sido editado el lunes de esa semana, lo desenrollo y lo despliego en la mesa, le muestro la última página, dedicada a lo internacional, hay un titular a todo lo ancho de la página que dice: "Se destacan Frentes Guerrilleros en Latinoamérica", y el texto señala que los más

destacados están en Colombia: cinco frentes guerrilleros del Movimiento Obrero Estudiantil y Campesino (MOEC) que realizan acciones guerrilleras. Y en una ilustración están las regiones donde funcionan dichas guerrillas: Huila y Tolima donde opera José William Ángel Aranguren, a quien se le llama cariñosamente "Desquite"; también aparece Teófilo Rojas, llamado "Chispas" y Jacinto Cruz Uzme. Les rectifico y les enseño la noticia donde se informa que "Chispas" había sido muerto por el Batallón Cisneros el veintidós de enero del año anterior, hacía casi un año que estaba muerto. Le explico que en Colombia se conoce públicamente que estos tipos son bandidos, y los estaban haciendo pasar por revolucionarios. Y que, en algunos casos, el MOEC ha mantenido relaciones con ellos. A medida que hablo, voy sacando papeles de unas carpetas para ilustrar lo dicho, pues llevo la información bien ordenada.

Le explico que las guerrillas de los Llanos ya no existen, pues se desmovilizaron en mil novecientos cincuenta y tres; a finales de la década del cincuenta trataron de crearse otras, donde participaron Eduardo Franco Isaza, Tulio Bayer y Pedro Brincos, pero fracasaron; y remato diciendo:

— En la actualidad, el MOEC ni es ni tiene ninguna guerrilla.

El Ché camina impaciente, su rostro se torna pálido, es muy evidente su disgusto con lo que está presenciando.

Como los tipos del MOEC están desconcertados, aprovecho el momento para explicarle la historia que nos ha traído a la situación que estamos aclarando. Le comento de mi viaje anterior, de quienes me recibieron, la marcha que se organizó, el entrenamiento en el Escambray y la constitución de la Brigada el once de noviembre del año anterior.

— Comandante, El Capitán Augusto fue quien me atendió en esa oportunidad, —le digo al Ché, para continuar aclarando el enredo.

— ¿Es cierto eso Capitán?, —pregunta empujado el Ché.

— PRAMMM..., —se escucha el taconeo del Capitán Augusto y en seguida...

— Es cierto Comandante.

Entrando en detalles le comento cómo Manuel Piñeiro organizó la marcha, y a ella se vincularon el Teniente Andrés y el Comisario de batallón Eusebio, nos los presentaron como cubanos, pero son colombianos y además hermanos de Antonio Larrota.

El Ché hizo un movimiento enérgico y apagó el tabaco en el cenicero que reposaba en la mesa y volvió a preguntar:

— ¿Es verdad capitán?

De inmediato se escucha el taconeo seguido del...

— Cierto Comandante.

— Comandante, en ese momento solicitamos que se les permitiera viajar a Colombia a estos dos cubanos.

— ¿Es verdad capitán?, —vuelve a preguntar El Ché.

Otra vez el taconeo y la respuesta afirmativa del Capitán Augusto.

— También solicitamos una entrevista con usted Comandante, para conocer sus opiniones, y nos la negaron, —le argumento, para ir cerrando este episodio, pues ya son las tres de la mañana.

El Ché interroga otra vez al Capitán, y éste le responde que era cierto.

Gabriel Larrota, agacha la cabeza y no la vuelve a levantar más, los demás están pálidos, pues fue un verdadero banquillo, todos ellos en silencio.

— Villa, ahora ¿qué estás haciendo con tu gente?, —me interroga El Ché.

Le digo que estamos explorando una zona para conformar una guerrilla, que somos poquitos, pero es un territorio apropiado y contamos con el apoyo de la gente que la habita.

— ¿Y qué se cultiva por allá?

— Yuca, plátano, maíz y otros productos, —le respondo con propiedad.

— ¿Plátano?, —replica dudoso.

— Sí, plátano, —le asevero con seguridad.

— ¿Y qué altura tiene esa montaña?

— Puede tener hasta tres mil metros de altura, —le digo moviendo la mano para darle a entender que es algo aproximado.

— Villa, bájale un poquito a eso, el plátano no se da a esa altura.

No le respondo nada por respeto, veo que tiene interés en conocer más lo que estoy haciendo.

— ¿Y cómo piensas organizar el grupo?, —sigue preguntando, con su acento argentino algo modificado por sus siete años en la isla.

— Hemos ido seleccionando a los compañeros del grupo inicial, y en un tiempo nos alzaremos, —le respondo sin precisar mucho.

— Villa, ¿cómo es el terreno?, ¿hay selva cubierta?

— Si comandante, hay bastante selva cubierta, Colombia está cruzada por un sistema de tres cordilleras, y nosotros estamos en unas estribaciones de una de esas cordilleras; en esa región hay áreas planas y muchos ríos; y lo más importante: hay gente que nos apoya y quiere luchar.

— ¿Dónde queda esa región en específico?, — trata de precisar.

— Comandante, si me lo permite, se lo puedo decir en otro momento, pues no tengo confianza en todos los que están acá.

En ese momento el gordito Gómez se acerca al Ché, le dice algo en voz baja y se apartan un poco para conversar, desde allá, levanta la mano, nos dice a todos en sentido de despedida...

— Bueno, señores..., —está muy disgustado, no lo oculta, agita la mano.

Sigue hablando con Gómez y le da instrucciones para nuestra retirada de la reunión.

Al momento regresa Gómez y despacha a todos los asistentes a la reunión; me deja de último y me lleva hasta el hotel Sevilla Vilmore, donde Ricardo Lara me espera despierto para que le cuente lo que había sucedido; amanecemos hablando.

Pasado el medio día llega Gómez al hotel, me saluda y me dice:

— El Ché dice que quiere hablar con Kárdex.

— ¿Con quién?, —le interrogo.

— Con Kárdex, chico, con Kárdex, o es que no lo entiendes. El Ché te llama así.

Comprendí que al Ché le había llamado la atención la forma ordenada como llevé los papeles, y la forma como los iba sacando de las carpetas. Vuelvo y le pregunto a Gómez:

— ¿Cómo dijo?

— Dile a Kárdex que lo quiero ver, que quiero hablar con él, ¿te quedó claro?

— Cuando me requiera me avisas, —le respondo con alegría.

Al finalizar la tarde me encuentro con José Villamizar, me comenta la ruptura que se había dado luego de la reunión de la noche anterior. Él y Guillermo Puyana, con su grupo de muchachos que colocaban las bombas, se apartaron del MOEC.

Pasó una semana y como El Ché no pudo recibirme, Gómez me lleva a conversar con Manuel Piñeiro. Tan pronto me ve se echa a reír...

— Coño, ¿cómo le dijiste al Che que el plátano se producía a tres mil metros de altura?

— Yo sé que el plátano no se da a tres mil metros, El Ché me preguntó por la altura la montaña esa, y fue lo que respondí, —le digo festejando el incidente.

Luego Piñeiro —El Comandante Barba Roja—, me cuenta que El Ché quedó con una buena impresión de lo que yo estaba haciendo en Colombia, y que los tipos del MOEC, quedaron al descubierto con sus trampas y mentiras.

— Chico, el libro de Wichada lo tengo yo, me lo voy a quedar, quiero leerlo, —me lo asevera como muestra del interés sobre estos temas insurgentes.

Lo siento muy informal, con tono paternalista sigue argumentando:

— Ustedes van a ser capaces, las guerrillas deben empezar con quince o veinte guerrilleros, es un proceso de aprendizaje.

— Ese es el reto que tenemos, pero hay que hacerlo ya, —le respondo para ratificarle que es una decisión tomada.

— Este enredo nos hizo perder tiempo y compañeros, —le digo buscando una explicación de su parte por lo acontecido.

Piñeiro me toma por el brazo, para darme confianza, quiere que lo sienta de nuestro lado y me dice...

— Todo lo sucedido fue a espaldas nuestras, eso lo manejó el Capitán Augusto y él intimó con la gente del MOEC, eso no estuvo bien, —se aparta para señalar con el dedo un horizonte y agrega:

— Hay que colocar la mirada al futuro, ustedes ya están sobre el camino y van bien.

Me dije para mis adentros: casi perecemos en el arranque, y aún la guerra no ha comenzado.

Entendí que era hora de regresar, los compañeros me esperaban para continuar el camino, ahora con un poco menos de maraña.

## XI

El regreso fue por la misma ruta, una escala de unos días en México y continuó hacia Bogotá.

Me reúno con los compañeros en la ciudad, queda más claro el panorama de trabajo con José Villamizar, Guillermo Puyana, Julio Portocarrero y los muchachos organizados por ellos. Sigo para Bucaramanga y Barrancabermeja y les comento a los compañeros lo acontecido en Cuba y las pretensiones del MOEC.

Ahora las perspectivas son mejores, ya contamos con una organización básica en las tres ciudades. Hablo con Víctor Medina Morón, Heliodoro Ochoa y Heriberto Espitia que debemos intensificar el trabajo en la zona rural, y prepararnos para constituir el núcleo de compañeros que conformaremos la guerrilla; ellos seguirán creando las bases de apoyo urbanas y yo me encargaré con más intensidad en la creación de la guerrilla. Ya hay nueva gente en las ciudades, intercambiamos sobre la importancia de lo que están haciendo estos núcleos, las redes urbanas; grupos clandestinos, compartimentados, sólo hay que conocer lo necesario para realizar las tareas orientadas, pues el enemigo será implacable con los rebeldes que se alzan en armas. Es una novedosa organización piramidal, los de abajo no conocen mucho y los jefes tampoco conocen

todas las bases. Sólo debe conocerse lo necesario para el trabajo y cumplimiento de las misiones.

Ya es enero del nuevo año, viajo a San Vicente, paso primero por la calle de las carnicerías por donde vive Peñita, hablo con él y sigo en dirección a la Plaza de Ferias, a donde tiene el taller Murillo, también le recibo las últimas novedades y continúo la ruta para encontrarme con José Ayala y Pedro Gordillo.

Cuando veo a José Ayala junto con Pedro le digo:

— ¿Qué más bala perdida? —y le extiende la mano para saludarlo.

—El perdido es otro, ¿no será que tiene una buena entretención en otro lado? —y se echa a reír con Pedro.

De inmediato me comentan lo acontecido en mi ausencia, pero están ansiosos por saber cómo me ha ido en mi viaje, les hago un relato de los enredos en que nos tenían metidos el MOEC, y que prácticamente querían adueñarse de la Brigada, de los cuentos que echaron allá, y de lo que me tocó hacer para poder quitar toda esa maraña.

—Estuvo arrecho el enredo, —anota Pedro.

—En callejones más oscuros me ha sorprendido la noche, —les digo, tratando de minimizar lo

acontecido.

Ahora, el interés de ellos está centrado en lo que viene para nosotros en la región, y sobre todo, cómo acelerar la organización de la zona rural. Me informan de los nuevos contactos que han venido haciendo y las expectativas de la gente. Ya han ido conversando con algunas personas en la ruta hacia el Cerro de los Andes, como Pedro Landines que vive al otro lado del río Oponcito, en la vereda Los Aljibes. También han estado caminando por el otro lado del río Cascajales por donde vive don Luis Vera y llegaron hasta el sitio llamado Patio Cemento por el río Sucio.

Luego de conversar sobre las condiciones del territorio explorado, así como de la nueva gente contactada que está dispuesta a apoyar la lucha que queremos iniciar, me voy para la casa del Viejo Comején. Ahí me encuentro con Nicolás, uno de los hijos adolescentes de la familia, está con su madre; quien ya nos apoya con la costura en su veterana máquina de coser marca Singer. Como veo que el muchacho está dando vueltas, en un momento que se acerca, le pregunto:

— ¿Por qué no estás estudiando?

— Yo hice tercero de primaria, y para hacer el cuarto toca ir a Bucaramanga o a San Vicente, — me responde agachando la cabeza.

— Pero mi papá no tiene la plata para eso, — termina diciendo en un tono muy triste.

— ¿Cuántos años tienes?

—En diciembre cumplí trece.

—Si alguien te ayudara a costear los estudios ¿lo harías?

—Sí señor, yo quiero estudiar.

Esta situación me inquieta, pues son muchachos que en otras condiciones podrían educarse y ayudar en la lucha con más capacidades. Me comprometo con él en ayudarlo, pero en la pobreza en que andamos nos toca buscar la forma de hacerlo.

Terminé de entrevistarme con los ya conocidos en esta parte y luego junto con José y Pedro recorrimos las otras zonas por el río Cascajales, río Sucio y nos acercamos un poco a los contornos del Cerro de los Andes, aprovechamos para conversar con los nuevos conocidos de esos lados:

En la pata al cerro están Luis Gaona, Los hermanos Vera, Ricardo González, Moisés Abaunza, Los hermanos Calderón y un buen compañero que seguiríamos llamando Luciano.

Finalizando enero doy una vuelta por Bucaramanga y Barrancabermeja para ajustar los planes y hacer algunos aprontes de la poca

logística que podíamos conseguir ya que el trabajo de preparación del área de operaciones de la guerrilla ya lo iba necesitando. Ahora debía concentrarme en la selección de los compañeros que podían integrar el primer grupo guerrillero.

En Barrancabermeja seguía sintiéndose un ambiente de efervescencia revolucionaria luego de la huelga de los trabajadores petroleros, pues la intransigencia de la empresa llevaba a que los obreros se radicalizaran y se acercaban mucho más nuestros compañeros.

En Bucaramanga se vivía un nuevo ambiente de lucha en los estudiantes de la UIS, y nuestros grupos entre la juventud venían creciendo. En reunión con Víctor Medina y los dirigentes estudiantiles me informan de las nuevas dinámicas y exigencias que se presentan, solicitan de mi atención ante lo que se viene configurando, que muy seguramente requerirán de importantes orientaciones.

Con esta actualización de los avances en nuestro mundo exterior me regreso para la zona donde me esperan José y Pedro para continuar los planes que hemos puesto en marcha. En este recorrido aprovecho para conversar con Gonzalo, el hermano mayor de Nicolás y entre los dos organizamos la posibilidad para que su hermano menor pueda ir a estudiar a Bucaramanga,

aprovechando que apenas va a iniciar el nuevo año escolar.

Voy a la casa del Viejo Pedro Comején para continuar con nuestras largas y amenas charlas políticas; cuando aparece Nicolás le digo:

—He hablado con tu hermano Gonzalo y entre él y yo te tenemos listo el cupo para que estudies en la escuela Piloto de Bucaramanga.

A Nicolás se le iluminó el rostro y miró al viejo como esperando alguna opinión, pero yo ya le había comentado. El Viejo abrió las manos como diciéndole al muchacho, qué más quieres.

—Así que alístate para que viajes mañana, —le digo confirmando la noticia, y él sale corriendo a comentarle a su mamá la buena nueva.

En la noche converso con José Ayala, quien debe alistarse para viajar a una misión al exterior a recibir capacitación. Aunque estaba entusiasmado con la organización del grupo inicial, ve importante la nueva misión, y se alista para viajar de inmediato y sin comentarle a nadie.

— No me vaya a dejar botado por allá, —me dice José.

— Más bien, póngase fino y aprenda rápido para que regrese pronto a ayudar, —le respondo para animarlo.

En los dos primeros meses del año ha sido noticia la ofensiva del coronel Matallana contra la banda de Desquite; hasta bombardeos con napalm en las montañas entre el norte del Tolima y Caldas; pese a las dificultades, pudo romper dos veces el cerco con apoyo de la población, salir herido a curarse y regresar nuevamente a la región; pero él siente que ya no tiene futuro, está desgastado por el constante hostigamiento de las tropas gubernamentales; el desgaste no es sólo para él y su cuadrilla, sino que los campesinos de la región están siendo afectados, padecen los controles, los salvoconductos y la persecución. Desquite, buscando una retirada anónima, disuelve su cuadrilla, pero termina siendo delatado por un tipo y asesinado en una finca del municipio de Venadillo, el diecisiete de marzo.

A finales del mismo mes la prensa sigue haciendo el despliegue que aún existen diez bandas, con un armamento "impresionantemente mortífero, ya que cuentan con fusiles, carabinas subametralladoras, ametralladoras, bombas y granadas, equipos de radio y sistemas de espionaje". Pero las consecuencias de las operaciones y atropellos del coronel Matallana, comandante del Batallón Colombia, no se hacen esperar mucho tiempo, pues el quince de abril llega a su despacho un paquete, que al ser abierto por el cabo Armenio Zapata, explota arrancándole

el brazo izquierdo y muere al día siguiente.

En medio de estas noticias, yo continúo con las exploraciones y entrenamiento físico con los compañeros que están más cerca por donde permanezco, siempre ocultándonos de quienes no saben nada de nuestros planes.

Luego del recorrido por el Cerro de los Andes y los contornos de esa serranía y de las conversaciones con todos los compañeros conocidos voy seleccionado a los más idóneos para conformar el primer grupo guerrillero, pero debo seguir decantando a los candidatos.

De la ciudad ha llegado alguna logística para completar la indumentaria de la pequeña tropa que ha de iniciar su nueva vida. Pienso mucho cómo será esta nueva etapa de mi vida, si será posible o no; si estaré en condiciones para emprender este reto; pues se trata de hacer algo nuevo en Colombia. Las noches se me hacen largas pensando estas cosas, aún en medio del cansancio luego de las actividades realizadas a lo largo de todos estos días de íres y veníres. Al final siempre me encuentro con la misma respuesta; no estoy sólo en esto, me anima el espíritu de los nuevos muchachos y compañeros que demuestran con sus ganas, que es posible; también está mi hermano Manuel quién ya me ha comunicado de su pronto regreso al país; hay nueva energía entre

los estudiantes de la UIS y los obreros petroleros. Concluyo que es un camino que el mismo pueblo, la gente explotada ha ido construyendo a través de nosotros, así seamos principiantes.

También me anima el saber que entre los compañeros confiables tenemos algunos que no son principiantes, pues son veteranos de otras guerrillas. Hernán Moreno Sánchez —ahora lo llamamos Pedro David—, participó en las guerrillas de Rafael Rangel, cae preso por no entregarse, luego se fuga de la cárcel con el apoyo de su madre, y ahora está con nosotros; igual Luis José Solano Sepúlveda —ahora le decimos Leonardo—, estafeta en esa misma guerrilla de Rangel; ya son gente trillada y serán puntal para lo que viene.

Cuento con los cinco compañeros que me quedan de la Brigada: Alfredo Rovira y Mario Hernández; en la ciudad está Víctor Medina y en la línea del ferrocarril Heriberto Espitia; falta por traer a Ricardo Lara Parada.

Los otros los he ido conociendo en los recorridos por la región, y ha sido una especie de cadena, uno me lleva a otro y éste al siguiente; siempre verificando de quién se trata, confirmando su historia y preguntando a los compañeros más antiguos y raizales de la región. Debemos estar completamente seguros; aunque en la guerra, sólo la vida es la que da la última palabra. Lo más

importante: la gente de esta tierra está dispuesta a apoyarnos.

## XII

Desde el año anterior la situación en la Universidad Industrial de Santander —UIS—, viene cambiando. Se han introducido ajustes a la organización gremial AUDESA, que está coordinando mejor la lucha contra las directivas derechistas que quieren hacer de la universidad un instrumento servil a los intereses de la burguesía. Existe un régimen policial que los estudiantes tratan de modificar. Iniciando mayo, Víctor Medina Morón y otros compañeros, entre quienes se encuentran destacados dirigentes estudiantiles como Jaime Arenas, me han requerido y viajo de manera relámpago para atender su llamado.

Tan pronto los veo, Víctor Medina me dice:

— Compañero, esto está que se prende.

— O sea, que una chispa puede incendiar la pradera, —anoto parafraseando a Lenin.

— No es de cuento, —me replica Jaime Arenas.

— A eso vine, a que me echen el cuento, —pues, los veo muy animados.

Los compañeros están muy convencidos de lo que están haciendo, encuentran a las directivas de la Universidad cerradas a cualquier posibilidad de arreglo, se niegan a escuchar, no les interesa la

comunidad estudiantil. Me comentan que es necesario pasar a la lucha directa de los estudiantes y que se podría ganar el apoyo de la gente de la ciudad, se ha adelantado una importante difusión de los objetivos de la lucha. Los compañeros analizan lo esencial que resultaría consultar a los estudiantes en una especie de plebiscito, y así obtener el respaldo de la gente.

Me comentan que están coordinando con la FUN y los estudiantes de otras universidades del país, así como también con varios sindicatos.

Tuve igual sensación de cuando hablé con Juan de Dios Aguilera y me comentó, recién llegado de Cuba, lo que había acontecido con la huelga petrolera del año anterior. Veo muy importante la lucha estudiantil, los animo a que sigan con mucho empuje, pues en la juventud está nuestro futuro; pero mi prioridad es continuar en la conformación del grupo guerrillero; la represión contra los estudiantes, y que no fueran escuchados, eran otras razones más para volver a la zona de San Vicente a continuar con la otra tarea, para que la lucha social no siguiera siendo tan solitaria; pues con una guerrilla las cosas podrían ser diferentes.

Organizamos la comunicación con enlaces para seguir coordinando, desde la distancia, las intensas actividades de los estudiantes que

estaban por darse en los próximas semanas; regreso con un poco más de moral, sabiendo que lo más complicado estaba por llegar, tanto en la lucha de los estudiantes como en lo estábamos tratando de concretar en el área de San Vicente.

Regreso a la zona a continuar las conversaciones con los compañeros que he ido seleccionando, ya pasan de una docena y dentro de poco el grupo puede quedar definido. En el alistamiento de la logística no es mucho lo que podemos hacer, pues no contamos con recursos; por ahora, nos toca apoyarnos en lo poco que tenemos, tanto en la intendencia como en las provisiones; en medio de tanta debilidad, es vital mantener en secreto lo que iniciamos, así como seleccionar muy bien el área donde nos ubicaremos en los primeros meses, de tal forma que podamos apoyarnos en nuestra propia gente; por eso, seguimos explorando el área del Cerro de los Andes y sus contornos, hablando con los campesinos e intercalamos tales actividades con entrenamiento físico.

Ahora, recorro la zona con Rovira, que aunque de vez en cuando hace pilatunas, me ayuda y acompaña.

Cuando paso por la casa del Viejo Comején, me doy cuenta que su hijo Nicolás se ha volado de la escuela y está otra vez en la vereda. El muchacho

anda inquieto porque no ve normal nuestros movimientos, de eso advierto a Pedro, quien es su confidente y novio de su hermana Rosa, para que me mantenga informado. Además la madre de Nicolás nos está haciendo los brazaletes con nuestra bandera de color rojo y negro; y en cualquier descuido la pueden ver en esta actividad.

A finales de mayo, la radio y la prensa escrita registran que se ha realizado el plebiscito en la UIS, también me llega una carta de los compañeros donde me informan lo que está aconteciendo; que los estudiantes han dado el respaldo, de un noventa por ciento, para iniciar una huelga indefinida hasta obtener sus reclamos; una de sus exigencias es la renuncia del Rector de la Universidad. Se define el veinticinco de mayo como fecha para iniciar la huelga.

Los hechos se han desencadenado de tal manera que ya existe un Comité de Huelga, y las acciones siguientes son la ocupación por parte de los estudiantes de todas las instalaciones de la Universidad, las directivas son desalojadas y los mismos estudiantes se han organizado para garantizar la seguridad y cuidado en las instalaciones. Se empieza a hablar en todas las universidades del país de un paro nacional estudiantil de respaldo a las luchas de la UIS.

Mientras tanto, las directivas de la Universidad y el gobernador colocaron demandas penales contra los dirigentes estudiantiles, por delitos infundados. Decretaron cierre de la Universidad y sus directivos se instalan en las oficinas de la gobernación, cuidados por soldados y policías, como si una universidad pudiese existir sin estudiantes.

Ya estamos entrados en la segunda semana de junio, en breve se completará un año de haber regresado de Cuba, no podemos dilatar más la constitución de nuestro primer grupo guerrillero, sin su existencia seremos como los que hablan de guerrilla en las cafeterías y se transan en discusiones interminables. No todo está bien, hacen falta muchas cosas, las armas son muy pocas y deficientes, igual las municiones, dinero no hay; pero, ganas nos sobran; por eso, entre los más convencidos, elegimos conseguir en el camino de la lucha lo que nos hace falta, incluso la misma experiencia de luchar. Sólo tenemos ganas. Definimos que en un mes debemos estar listos para marchar. Les transmití tal decisión a los compañeros de la ciudad, tanto a Medina en Bucaramanga como a los compañeros de Bogotá y Barrancabermeja, para que nos ayuden a completar algunas cosas de urgencia, sobre todo municiones. El mensaje es definitivo; ahora sí, tendríamos guerrilla. Mi hermano Manuel ha

anunciado su regreso, es importante conversar con él; desde mi viaje a Cuba, es el inspirador de este proyecto.

En mi libreta de notas de trabajo ya tengo los nombres de los dieciséis candidatos de nuestro primer grupo guerrillero que saldremos en menos de un mes; hemos definido marchar en dirección al Cerro de los Andes, donde estaremos los primeros meses y ahí trataremos ponernos en forma para iniciar nuestras primeras operaciones y terminar de completar la fase de preparación, en lo posible dentro del máximo secreto, pues sabemos que la experiencia del Batallón Colombia y su capacidad contra guerrillera ha sido efectiva en los inicios de la guerrilla.

Los compañeros me informan que en el sur del país se vive un reagrupamiento de los núcleos de resistencia campesina que influencia el Partido Comunista, sobre quienes el gobierno también ya tiene centradas sus operaciones, se habla de Tiro Fijo, quien ha estado alzado en armas en otros momentos, vuelve nuevamente a las armas, es una experiencia algo parecida a la nuestra, pero con otra vertiente ideológica; por eso, Álvaro Gómez Hurtado, hijo de Laureano Gómez, tiene un despliegue en los medios contra lo que él llama las Repúblicas independientes organizadas por los comunistas.

También se escucha con creciente interés la labor política del Padre Camilo Torres Restrepo, que siendo capellán en la Universidad Nacional acompaña las luchas de los estudiantes, la de los pobladores en los barrios pobres, defiende la reforma agraria que beneficie a los campesinos y, ahora, está muy dinámico en contra de las operaciones militares que el gobierno despliega sobre las zonas campesinas en el sur del país.

Nicolás, el hijo del Viejo Comején, ha descubierto que yo tengo una pistola y me anda preguntado por ella y que se quiere irse para el monte; yo trato de esquivarlo, pues aún es un muchacho muy joven, pero es muy inquieto. Aprovechando que hoy es domingo, paso por casa de su familia para hablar con su padre lo que viene sucediendo, le digo:

— Viejo, el muchacho anda muy inquieto y me dice que quiere irse para el monte.

— Yo estoy preocupado, pues esta lucha es arrecha y no se puede dar un paso atrás, —me dice angustiada el Viejo.

— No se preocupe, estamos entre familia, yo le voy a decir que hable con sus padres y ahí vamos llevando la cosa, —el Viejo queda más tranquilo.

Hoy, lunes ocho de junio, los noticieros radiales señalan que anoche explotaron veintiocho

bombas, aparentemente de fabricación casera, en cuatro ciudades del país: Bogotá, Medellín, Palmira, Manizales; veinte de ellas en la Capital del país, una de esas bombas explotó en la residencia del director del diario "El Tiempo", Roberto García Peña; otra en la sede principal del Banco Francés e italiano.

La prensa señaló que se recibieron varias llamadas telefónicas a nombre de un "supuesto Ejército de Liberación Nacional", quienes se adjudican ser los autores de las explosiones.

Se especula que era un plan terrorista para provocar una evasión colectiva de presos, el Ministro de Gobierno aseveró que dicho plan había fracasado por la intervención oportuna de la policía.

Ocho días después de la explosión de estas veintiocho bombas, el domingo catorce de junio explotan tres bombas en Bucaramanga y otras tres en Barrancabermeja. En la Capital santandereana una de las cargas explotó en un lugar céntrico de la ciudad, la otra en el Club del Comercio y la tercera en el centro Colombo-Americano, en este último muere Gilberto Reinaldo Arenas Martínez, estudiante de primer año en la UIS.

Las explosiones en Barrancabermeja se dieron en la Casa Conservadora, otra en inmediaciones del

Batallón Bogotá y la tercera frente al Distrito Militar.

Amaneciendo el martes dieciséis, la UIS es tomada militarmente y desalojados violentamente los estudiantes; de inmediato la ciudad universitaria es cercada con alambres a la usanza de los campos de concentración, acto justificado por las explosiones del domingo anterior en las dos ciudades de Santander.

Días después, recibo correspondencia de los compañeros de Bucaramanga, enviada con urgencia con un enlace directo a San Vicente, ahí me informan que en una de las explosiones murió un compañero nuestro: Reinaldo Arenas Martínez; a raíz de este hecho se han generado serios problemas de seguridad por cuanto las investigaciones de la inteligencia militar están muy cerca del entorno de Víctor Medina, y por tanto se tomaron medidas para sacarlo pronto de la ciudad a un lugar seguro.

Nuestra guerrilla aún no se había constituido y ya estábamos en la mira del enemigo, alumbramos antes de tiempo, debemos cerrar mucho más nuestras actividades.

Junto a lo anterior, que era una dificultad, los compañeros me decían que las medidas represivas tomadas por las autoridades contra los estudiantes habían resultado contraproducentes y

se venían acciones de masas como respuesta a dichos atropellos.

Me comentan que los estudiantes reaccionaron de inmediato y frente a los mismos militares se lanzan a una huelga de hambre en las puertas de la Universidad, las autoridades nada pueden hacer. La población de la ciudad se moviliza de manera espontánea y masiva; todos marchan silenciosos y ordenados hacia la gobernación exigiendo la renuncia del gobernador y de las Directivas de la Universidad, así como también el retiro de los militares de las instalaciones de la UIS.

Estamos empezando la última semana de junio, ya casi se cumple el plazo de un mes para concentrar el grupo de compañeros que iniciaremos la primera guerrilla de nuestro proyecto insurgente. Me reúno con los de más confianza y los veteranos y definimos el cuatro de julio para reunirnos todos los que marcharíamos; sería una marcha sin retorno, era lo que habíamos conversado a lo largo de un año, al parecer el grupo estaba decantado; con ellos revisamos la lista del personal seleccionado, somos dieciséis en total; entre los que están los dos campesinos con los que tuve el lio en la chiva, el tuero y el negro con la cicatriz en la cara. Al final de la reunión, Pedro me llama aparte y me dice:

— Nicolás sigue insistiendo que se va con nosotros.

— Yo ya hablé con el Viejo, aunque ambos le decimos lo mismo, que la lucha es dura, él sigue insistiendo, —le respondo.

— Entonces, ¿qué hacemos?, —anota Pedro, echándose el sombrero para atrás.

— Debemos ser comprensivos, y que el muchacho tome su decisión, pero con el consentimiento de sus padres.

Llega otra correspondencia de Bucaramanga, tanto los estudiantes como la población de la ciudad han definido realizar un paro cívico el día veinticuatro de junio, señalan los compañeros que hay mucho apoyo de la población en general y que dependiendo de cómo resulte, se lanzarán otras acciones de masas, me dicen que desde allá también nos acompañan en lo que estamos tratando de concretar en la semana siguiente.

Los noticieros radiales no pueden ocultarlo, señalan que desde muy temprano de ese miércoles veinticuatro, la gente está en movimiento, que la ciudad está paralizada en un noventa por ciento, prácticamente están cerrados: almacenes, bares, cantinas, oficinas, talleres, fábricas; por supuesto también colegios, escuelas y el transporte público. El paro se prolonga hasta

las siete de la noche.

Se terminó junio y también el plazo que habíamos estipulado para juntarnos, así que di las últimas instrucciones del sitio adonde debían llegar todos los integrantes de la primera marcha guerrillera: El Encerrado, una finca abandonada en la Vereda La Fortuna.

El tres de julio, al anochecer llega mi hermano Manuel, hacía poco había regresado del exterior y quería intercambiar impresiones de su gira por China y Vietnam, donde conoció personalmente a Mao y Ho Chi Min. Flaco como siempre, está más reflexivo que de costumbre, más maduro políticamente, pero muy motivado por lo que había visto en la lucha estudiantil de Bucaramanga, del impulso de la juventud, de la calidad de nuestros dirigentes.

Me comentó que en el sur del país el movimiento agrario influenciado por el Partido Comunista estaba dando el paso a alzamiento; que las operaciones militares del gobierno contra ellos, para aniquilarlos, habían despertado mucho rechazo en la población.

Hablamos sobre lo que habían desencadenado las tesis y conclusiones del XX Congreso del Partido Comunista de la URSS, son más que evidentes las contradicciones y rupturas entre Rusia y China, con un impacto en todos los continentes, se

empezaban a dar rupturas y divisiones en casi todos los partidos comunistas, de lo cual no estaba exenta Colombia. Ya este tema lo habíamos conversado con los demás compañeros y en este asunto no nos alinearíamos con ninguno. Me comenta que esta disputa estaba haciendo crecer una tendencia no alineada; sobre todo en África, donde hacía un par de años había triunfado el Frente de Liberación Nacional en Argelia, en dicha revolución había sido destacado el liderazgo del médico Franz Fanon. En esa dirección venían creciendo con fuerza los Movimientos de Liberación Nacional como el nuestro; donde era fundamental interpretar acertadamente las realidades en que vive nuestra gente, sus expectativas y sueños.

Lo puse al tanto de nuestros planes, que el día siguiente salíamos en la primera marcha guerrillera con el propósito de entrenar y ganar capacidad, antes de iniciar operaciones militares, pues una vez el enemigo se enterara de nuestra existencia, las cosas serían a otro precio y todo sería más difícil; debíamos poner a tono nuestra tropa para poder resistir.

Por ahora, él seguiría en Bogotá al frente de la construcción de esas redes urbanas y abriendo una proyección política a una fuerza de masas, mirando los nuevos liderazgos que irían surgiendo.

Me comenta que lo que se está preparando en Bucaramanga es una gran marcha de los estudiantes hasta Bogotá, y remata diciendo:

— ¡Cómo es la vida!, mientras tú marchas mañana con la guerrilla, los estudiantes nos acompañarán con otra marcha hasta Bogotá.

Nos fuimos a dormir ya tarde de la noche; al otro día bien temprano debía viajar de regreso a Bogotá. A la hora de despedirse me dice:

— Hermano, lo que tu haz hecho es muy importante; el antes va primero, sólo él nos permitirá un después, lo que viene... un futuro. Y con el pasar de los años se hablará de la historia de antes.

Es un día de mucho agite, enviar enlaces a verificar si todos están llegando, si las cosas necesarias están listas. En eso, se me va el día, al final debo controlar mi indumentaria guerrillera y mi mochila de campaña; vuelvo a recordar los tiempos de las operaciones contra los bandidos en el Escambray; otra vez el olor a monte, al sudor y de cuánto vale la solidaridad entre compañeros, donde muchas veces se nos sale el "yo"; es en lo que más he pensado en los últimos días: vendrán tiempos difíciles donde debo tener calma, pues muchas cosas pueden depender de nuestro temperamento, y no hay nada más valioso que la comprensión de las personas; sobre todo, cuando

están aprendiendo. También mucha energía para saber ayudar al que flaquea.

Ya oscureciendo llego, junto con Pedro y Luis José Solano Sepúlveda, al Encerrado; encontramos varios de los compañeros que han arribado con algunas cosas de intendencia y las pocas armas que tenemos.

Saco mí libreta de notas, donde tengo la lista del personal, y la leo para revisar si estamos todos:

Pedro Gordillo, se llama ahora: Parmenio;

Alberto Rubio: Alfredo Rovira;

Hernán Moreno Sánchez: Pedro David;

Luis José Solano Sepúlveda: Leonardo;

Jorge González: José;

Salomón Amado: Segundo;

Ciro Silva: Conrado;

Manuel Muñoz: Miguel;

Pablo Emilio Rodríguez: Policarpo;

Avelino Bautista: Abelardo;

Pablo Emilio González: Guillermo;

Domingo Leal Leal: Delio;

Salvador Afanado Afanador: Omar (El Tuerto);

Jacinto Bermúdez: Juan;

Salvador Leal Afanador: Silverio;

Fabio Vásquez Castaño: Carlos;

Cuando estaba terminando de revisar la lista, de la guardia dicen que hay un intruso; se trata de Nicolás el hijo del Viejo Comején.

— Ese pingo se vino, y ¿ahora qué hacemos? — me dice en voz baja Pedro.

— Si se vino es porque tiene ganas, a lo mejor aguanta, —le respondo y lo anoto en mi lista.

Registro el nombre: Nicolás Rodríguez Bautista, y le digo:

— Ahora tu nombre de guerra será Norberto.

En total somos diecisiete guerrilleros, listos para marchar.

— Silencio, silencio, —les digo a todos y agrego—, Vamos a iniciar la marcha, nos distribuiremos en tres grupos: la vanguardia, el centro y la retaguardia.

Iniciamos de manera lenta la marcha, y en la medida que los pasos van marcando el ritmo de nuestro cuerpo, la respiración prima y lo ocupa todo, luego nuestra mente se separa y casi que trabaja independiente. Por momentos uno camina como un autómatas y deja volar la imaginación.

Pero este día es muy especial y estoy centrado en lo que estamos iniciando; pienso que nuevos acontecimientos, ya son y serán conocidos por otros compañeros y estos serán transmitidos a las nuevas generaciones. La historia de aquí en adelante será contada por otros, sobre todo por aquellos que marcharán como nosotros.

Luego llegó la acción en Simacota. Pienso en mi hermano Manuel, quien vino a vernos antes de salir el cuatro de julio, también nos estaría esperando en el repliegue de Simacota, pero al ser delatada dicha ruta, tuvo que ser escondido por un compañero campesino llamado Luciano, por el Cerro de los Andes.

Manuel, siempre está, donde tiene que estar. Al inicio y adonde tenemos que llegar.